

VII

Camino de perfección

*En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en mi corazón ardía...*

SAN JUAN DE LA CRUZ: *Noche oscura del alma.*

El ardiente brebaje sazonó sus vagas imágenes, hasta entonces como insípidas: como una masa de sombras sobre su conciencia adormecida.

Pero ella no había perdido enteramente el conocimiento. Se había sentido en alto, en *sus* brazos y contra *su* cuerpo.

Al tenderla en el lecho, con temura suma, mientras la voz angustiada de la madre daba órdenes a los criados y contenía a los curiosos más allá de la puerta, *él* la había besado fervorosamente en la frente, primero, y después en los ojos... ¡y en la boca!

Desde su esfuerzo de aquel instante, con el extraño impulso de atraer a sí la cabeza del amado y retenerlo en aquel beso que penetraba hasta fibras desconocidas de su ser, era que su memoria le fallaba...

Después, bajo la mirada de personas extrañas, en una habitación que no era la suya, un zumbido de voces murmurantes cerca, y más lejos el eco apagado de la calle, donde aún hervía la muchedumbre, su primer pensamiento fue para *él*.

¿Por qué no estaba allí, junto a ella? ¿Por qué no huyó con ella lejos, muy lejos, donde se sintiera todo el tiempo como en el breve instante de su extraño impulso? ¿Por qué la había abandonado allí sola, entre tanta gente...?

¿Hablar? ¿Contestar las preguntas de los otros? No. Se sentía bien, después de todo. ¿A qué venían aquellas preguntas tontas? Ella no tenía nada. Lo único que sentía era un deseo doloroso de vivir hacia atrás y continuar en la agnía dulcísima de *su* abrazo, de *sus* besos.

Su madre... A ella: la única.

—Sí, mamá. Me siento mejor.

Y haciendo esfuerzo, pudo añadir:

—Llévame a casa: ¡pronto!

Volvió a cerrar los ojos y calló, agotada.

Su propio voz le había destrozado de una vez su ensueño. Se sintió empujada sobre un abismo, como su hermano Lorencito lo hiciera un día sobre el río, poniendo en peligro su vida. Pero no pudo gritar. Ya *todo* quedaba atrás y comenzaba a transformarse, a desfigurarse rápidamente. Desvanecíase su ego imprevisto de pocos minutos antes, y volvía a ser ella misma. Aún hizo un esfuerzo por volver a pensar en la presión de sus labios, sobre su boca... y una idea espantosa persiguió su deseo y lo devoró: ¡el crucificado!

Era jueves santo. El señor padecía su tormento...

Ya estaba en sí misma. Su ego conocido y todavía antipático. Sí, de todos los días de su vida, era en aquel instante que pensaba en *él* y evocaba sus besos. Era jueves santo.

Se sintió vencida. Admitió sin dudas que estaba, irremisiblemente, en pecado mortal. ¡El Malo había estado dentro de ella!

Una crisis violenta de llanto alarmó de nuevo a los presentes. Doña Celia cayó a su lado, de rodillas.

—Mariceli, hija mía: ¿qué tienes?

—¡Llévame, llévame pronto a casa! —fue lo único que pudo decir.

Su cuarto y su casa produjeronle un intenso bienestar. Guardóse bien de decirlo en voz alta, sin embargo, como de admitir que la gran taza de caldo de gallina, que le trajo Rosario poco después, le supiera tan impíamente bien.

«¡Si pudiera hablar!», pensó delante de su fiel esclava.

Pero no. Rosario tampoco le inspiraba confianza hasta ese grado. Se ovilló en su cama. Sintióse otra vez niña, inocente, confiada... a pesar de saberse en pecado mortal. Venció el intenso bienestar físico todas sus ideaciones. Fuera se oían los pasos de la gente, con caracteres de día de fiesta. En la sala su mamá refería por centésima vez el accidente...

Cuando despertó, ya noche cerrada, su pobre madre —rendida de cansancio y de sueño, después de su inusitado andar a pie en el recorrido de las estaciones— disponíase a descansar.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—¿No quieres tomar nada?

—No.

—Entonces, hasta mañana.

—¿La bendición?

—Que Dios te bendiga, hija mía.

Del beso de ritual, doña Celia se irguió bostezando.

Y a poco Mariceli oyó el sisear inconfundible de su respiración; cuando profundamente dormida.

A ella, en cambio, la imposición de dormir se le antojó a la sazón intolerable. La perspectiva de pasar la noche entera así, en vela, en aquella semioscuridad del aposento, encerrada en el silencio de la noche como en un ataúd, la llenó de angustia.

Su fantasía de niña invadió su mente con imágenes aterradoras. ¿Y si la enterraban viva un buen día? Aquellos desmayos suyos eran como una muerte temporal. Ella se sentía morir, en efecto. En vano trataba después de atar los cabos sueltos dentro de su memoria. Es decir: para ella, todo lo que sucedía durante su desmayo no había existido nunca. ¿Y si en una de éstas...?

Juan Antonio, por ejemplo. ¿Cómo y cuándo había desaparecido de su lado? ¿Habría venido por la noche a preguntar por ella?

Y ella, dormida como un tronco. Había dormido desde las siete hasta después de las diez. ¿Qué se hacía del alma mientras la gente dormía? De esas cosas no podía preguntarle a su madre, ni al padre Remigio. Le contestaban con evasivas.

Juan Antonio contestaría sus preguntas. Juan Antonio la amaba: estaba segura de ello. Cuando se casaran, él la informaría de todo, sin aquellos misterios ni aquel empeño en ocultarle siempre algo. Ya su novio y ella se habían besado...

—¡Padre nuestro que estás en los cielos...! —comenzó de repente a rezar en voz baja, para ahuyentar sus pensamientos.

Y rezó. Rezó mucho tiempo, e inútilmente.

Esperó en vano un ruido, algo que alterara aquel silencio aterrador de la noche. Las campanas del convento no podían darle en aquella de jueves santo, el consuelo de otras noches de insomnio. Era un silencio sin atenuaciones, sin mesura. Como para siempre.

A medida que se hundía en su pavor, y a despecho de sus fervientes oraciones, la imagen de su primo fue adquiriendo precisión ojos adentro.

Se sintió como arrastrada con velocidad vertiginosa por la insegura cresta de una montaña altísima. A un lado y otro, el abismo. Sus recuerdos más lejanos e insignificantes confundieronse por centésima vez, sin nexo alguno. ¿Qué tenía que ver el boca-abajo del ingenio con Caniquí?

—Déne a mí lo jasote, niña Mariceli.

Caniquí sabía para qué ella guardaba el cilicio. El padrino, don Pedro de Aizcorbe, la abrazaba. Ella era la tía Asunción. Y era mala como ella. Su padre se inclinaba sobre su rostro, con los ojos feroces y la cara roja de ira.

Había que huir por un corredor muy largo y oscuro. Juan Antonio venía a su lado. La abrazaba. La apretujaba contra su pecho y la besaba en la boca. La besaba en la boca. La besaba en la boca...

—¡Padre nuestro que estás en los cielos!

Musitó varias veces la oración hasta alejar la imagen.

Pero la forzada inmovilidad del cuerpo se le hizo intolerable. Un calor de fiebre le abrasaba las entrañas. Por la columna vertebral bajábanle hasta las piernas extrañas sacudidas, involuntarias e incoercibles, como ante los relámpagos de una de aquella horribles tempestades eléctricas del trópico, tormento de su niñez.

La idea de correr a su oratorio convirtió al fin el oleaje arremolinado de sus pensamientos en un torrente, hacia una sola dirección. Las olas movíanse dentro de ella. Fuera, la proximidad de su madre y de Rosario, el riesgo de despertarlas, lo penoso de una explicación, la falta de luz y el miedo a las sombras eran como rocas contra las que se estrellaba su violenta necesidad de moverse. Así, inmóvil en su lecho, era imposible que continuase...

Detrás de los libros, perfectamente oculto, estaba su flagelo. ¿Y si pudiese, aquella misma noche? Simultánea a la idea, como un rayo cercano, el relámpago estremeció todo su cuerpo y la urgencia del deseo estalló en sus oídos, como una orden:

—Ahora o nunca. ¡Ve!

Se escurrió fuera de la cama. Sacó su vela de la palmatoria y deslizóse con ella hacia la esquina del aposento, desde donde la mariposa encendida a la virgen desleía su mortecina luz en la vasta habitación.

Querándose las manos para ocultar la llama de su vela, abrió la contrapuerta y la mampara, y cerró la primera tras de sí.

La enorme saleta-comedor era un océano de sombras.

Avanzó en línea recta hacia la otra manopara y la abrió. La luz temblaba en sus manos.

Ya estaba en su celda. Un fuerte olor a cal y madera húmeda, madera recién lavada con lejía, comunicó una sensación tranquilizadora a sus nervios. Ya estaba en su celda. Colocó su vela en el altar y comenzó a quitarse la esparma derretida entre sus dedos.

Todavía se sintió insegura, con sólo la manopara separándola de la saleta, y la ventana del patio interior abierta. ¡Su padre, al otro lado! Pero no: su padre no había vuelto. ¿Estaba segura?

Y extremando la precavida lentitud de sus movimientos, para evitar los ruidos, cerró ambas contrapuertas con sus fallebas.

Recorrió satisfecha, con la vista, toda la habitación. En lo alto de la pared maestra —la divisoria con el zaguán y el patio de los esclavos— echó de ver la ventanilla cruzada de barrotes. ¡Estaba en su celda! Un leve susurro de hojas, de sacudida de plumas y otros murmullos apacibles de la noche, penetraron por la abertura, confirmando su sensación de seguridad. Cantaron los gallos...

Con deleitosa lentitud entonces, aunque sus manos seguían trementes, dificultándole todo movimiento, encendió los cirios del altar, contempló un instante el cuerpo derrengado y dolorido del mártir del Gólgota, ofreciéndole con un bisbisero casi inarticulado su sacrificio, y registró bajo el paño del altar, detrás de sus libros, en busca del azote redentor.

Lo asió: ¡al fin! Varias veces rectificó su asimiento, sin embargo, hasta sentirse el toreado mango firme y cómodo en la convulsa diestra. Después lo restalló en el aire, en prueba final de sus fuerzas... ¡Así! Así lo aplicaría sobre su cuerpo miserable.

Transida de felicidad, alzó de nuevo los ojos al Redentor. Oró, de rodillas, largo rato. Saltábale el corazón casi dolorosamente dentro del pecho y los oídos le zumbaban. Un sudor copioso manó del fuego de sus entrañas, haciéndole sensibles todos los poros de su cuerpo. De vez en vez tuvo que interrumpir su oración para suspirar profundamente.

Al cabo, anticipándose en un más intenso estremecimiento el gozoso dolor que iban a producir aquellas tiras de cuero sobre sus carnes, se cruzó el primer latigazo hacia atrás, contra la espalda, por encima del hombro...

El azote plegóse, inofensivo, sobre la suelta camisa.

Nada.

Era inútil tratar de flagelarse sobre la ropa: lo echó de ver de una vez. Y con bruscas sacudidas de los hombros y el torpe auxilio de la

mano izquierda, la otra casi ajena a sí misma, impaciente, crispada sobre el instrumento de tortura, se bajó la camisa.

Saltaron tamblando los pechos...

Por un momento quedó inmóvil, asustada. Pero ya no sintió el horror de siempre, ante su propio cuerpo. Aquel púdico horror suyo, que la obligaba a tomar tantas precauciones para asearse. Iba justamente a castigar aquella abominable envoltura carnal, cuyo diabólico sentido presentía apenas en los ojos de los honores, sin darse cuenta cómo ni por qué. ¡Iba a redimirse, a salvar su alma!

Como santa Cristina del Tirol, su estampa favorita. Sus pechos eran como los de la santa, rotundos y abundosos. Pronto manarían sangre...

Si el Malo había inducido a su primo a insuflarle aquellos ardores que aún le quemaban dentro, cuando al día siguiente la encontraran muerta, bañada en sangre, la disciplina salvadora todavía en sus manos, Dios lo iluminaría en su dolor, para salvar su alma. La estampa del joven mártir cristiano...

Atropelladamente levantó de nuevo el paño de su altar y buscó entre los libros. El azote estaba en su mano. Pero sin soltarlo, acunucada en el suelo, quitándose con el dorso de la diestra inútil el sudor que manaba de su frente, cegándola, hojeó en el libro hasta dar con la imagen.

Desde luego que ella no quería ofender a Dios, matándose. No. Ningún mártir había muerto así, de su propia mano. ¡Si ella pudiese confiar a otra las disciplinas! Rosario tal vez... ¡O su padre!

El joven mártir romano, los ojos en blanco, pedía ante ella la muerte. Las llamas lamían sus vestiduras. Ella se pegaría como nadie lo había hecho, hasta verter la última gota de aquella melaza roja y horrible, que la igualaba a Caniquí, el esclavo. Su ángel de la guarda volaría al cielo, a avisarle a la virgen. Y entraría así, exangüe y redimida, como Cristina, virgen y mártir, en la gloria del Señor. Dulces voces, como las del *Miserere*, resonaron en sus oídos. Ella vería desde el cielo a su madre. Su padre abandonaría sus herejías, sus brusquedades, y querría mucho a su madre. Volvería a verlos juntos, abrazados, como cuando ella era niña...

Como Juan Antonio la había abrazado a ella. Juan Antonio la había apretado, la apretaba contra su pecho. Y la besaba en la boca. En su boca...

Se estrujó, sollozando, las caderas y los pechos. Se deseó cubierta de heridas, leprosa, repugnante. Despojóse completamente de la

camisa y desnuda, empuñando siempre su azote, cayó de nuevo de rodillas.

Pegó con fuerza hacia atrás una, diez veces, sintiendo en proporción desconsoladoramente impareja el ímpetu creciente de su deseo con la fuerza menguante de su brazo.

Quiso en vano llorar. Contrajéronse sus mandíbulas como en un espasmo y se llevó las manos al pelo, en un violento impulso de arrancárselo.

Rodó por el suelo. Y rebotando sobre sus duras tablas se asestó golpes ciegos en las piernas y en los brazos, abriendo y cerrando los muslos y ovillándose en una contracción convulsa para distenderse de repente, en una temblorosa rigidez. Deseó fuego, lanzas, flechas; y que por cada poro penetrarse en su cuerpo la muerte.

Bajo su vientre desnudo, el tosco instrumento de tortura comenzó a desempeñar su destino de modo inesperado. Unos clavos, torpemente hincados en el palo por la mano inhábil del esclavo, enterráronse en su carne. Sintió un rasgón agudo, se volvió instintivamente y se vio un muslo manchado de sangre.

Frenética, se irguió de nuevo, sobre sus rodillas dobladas, y empuñó el flagelo.

Pero el brazo en temblor, rebelde a su voluntad, resintióse a los primeros latigazos, ya insípidos para su anhelo de un mayor dolor. Su herida era entonces su único goce. Asió el azote por las tiras y ensayó con el cabo. Se golpeó los pechos, las caderas, las ancas. La izquierda libre se aferró sobre el seno pulposo, más para arrancarlo que con el primer impulso instintivo de aliviar el dolor de un golpe.

Otras extrañas visiones siguieron desfilando ante su vista en blanco, mientras como vagas ideas se formaban apenas dentro de su cerebro. Veía su pensamiento. El Malo la tentaba, provocando en ella las mismas sensaciones de que quería huir. Una sed horrible la mortificaba: sed de un deseo determinado y, sin embargo, ignoto. Sed de comprensión, de estregamiento, de tortura por estrangulación en los brazos hercúleos de algún gigante. Sed de desgarramiento, de algo que penetrase en su cuerpo librándola de él para siempre, matándola.

Chorreado sudor y jadeante, envuelta en el vaho ácido de su propio cuerpo, flácidos ya sus brazos y la noción cada instante más clara de su impotencia, se tendió por el suelo, vencida.

Tenía que convencer a Rosario. Se intento de flagelarse a solas era un fracaso.

Simultáneamente, sintió más vivo el dolor en su herida del muslo y echó de ver otra vez el libro, abierto sobre las tablas del piso. Todo el ardor de sus entrañas renació de golpe.

Sus dedos buscaron sobre el nudo de las tiras de cuero aquel clavo cuya desgarradura dolíale ahora con intenso deleite. Idea y acción fluyeron paralelas. Su diestra describió una curva sobre las tablas del piso, portando el flagelo, hasta debajo de su vientre.

El cuerpo movióse despaciosamente, en busca del seguro dolor, hasta la sensación inconfundible de la hincada. Dolía, dolía, demasiado quizás...

Se aplastó contra el suelo. Frente a sus ojos, el joven mártir romano elevaba al cielo los suyos, mientras el fuego lamía los pliegues de su toga. Sintió un absurdo deseo de apretar sus labios contra la estampa.

Y lo hizo. Su cuerpo adquirió un raro movimiento ondulatorio, enarcándose ligeramente cuando el dolor de las desgarraduras se hacía demasiado fuerte, y abatiéndose de nuevo en busca del placer, sobre las púas. Poco a poco sus movimientos fueron haciéndose más rápidos, más frenéticos. Prescindió del libro, rectificó varias veces la posición del instrumento de tortura, bajo su vientre, hundió la cabeza entre los brazos extendidos, contra el suelo y apretó los muslos, arrastrándose en varias direcciones con sacudidas de agonía. Las manos trémulas arañaron las tablas. Sus débiles gemidos cesaron de repente, para volver más roncós, como un estertor. Vibró todo su cuerpo en un paroxismo convulsivo, intermitente, cada vez más débil, y al fin quedó inmóvil.

Un ligero ruido la hizo alzar la cabeza.

Era arriba, en el cuadrado de la ventana. Desde su posición la anchura del muro sólo le permitía ver una raya negra: la parte superior del hueco. De un rápido movimiento se puso en pie.

¡La sombra de una cabeza humana!

Con un seguro instinto de defensa agarró del suelo su camisa y corrió hacia el rincón, bajo la ventana.

En el silencio de la noche Mariceli oyó el golpe sordo de un cuerpo cayendo a tierra, al otro lado de la pared.

Sintió caer una gota sobre uno de sus pies. Sangre. La camisa, sus manos: todo estaba manchado de sangre...

Huyó hacia la puerta y la abrió. El corredor en sombras la obligó a pensar en los cirios del altar.

¡Su flagelo! Lo recogió del suelo, con su libro de estampas, y lo guardó todo en su sitio. Después apagó todos los cirios y se lanzó a las sombras, las manos asiendo el vacío.

En el corredor le sorprendió una claridad inesperada. La luna en menguante iluminaba los arcos medio-puntos del patio.

Volvió de pronto la cabeza, a la izquierda. Con un sorbo roce de hierro, la puerta blindada acababa de entreabrirse.

Y en la franja vertical de gase azul vio incrustada una silueta inconfundible.

Era su pensamiento, desde que el ruido en la ventana de su celda la reintegrara, con la súbita alarma, a sus sentidos.

Estaba segura. No podía ser otro. La idea de gritar, de correr a su cuarto, se heló en su cerebro. Frente a ella, donde debía ver las puertas de su aposento y las del inmediato a la sala, en que dormía Rosario, se le antojó un muro cerrado, sobre el cual la luna, a través de los cristales de colores, urdía fosforescencias de pesadilla...

Miró de nuevo. Y su horror se perdió en las sombras. La franja azul gase y la negra silueta habían desaparecido.

Los perros, en el patio grande, comenzaron a ladrar furiosamente.

Dio un paso, temblando, y sus piernas obedecieron. Marchó derecho, derecho. Sus manos, de pronto, chocaron contra un objeto duro: —¡Caniquí! ¡No! —gritó con voz ahogada.

Su cuerpo dio entonces contra algo.

Era la manopla de su cuarto, que había dejado abierta.

VIII

La inquietud rastrera y poderosa

Fausto: *¡Miserables fantasmas! Así es como obráis mil y mil veces con la raza humana: así cambiáis los días indiferentes en horribles torturas. Dificilmente sacude uno a los espíritus de las tinieblas, lo sé. Pero tu fuerza ¡oh inquietud rastrera y poderosa! no la reconoceré yo.*
La Inquietud: *Ved con qué rapidez parto lanzándote imprecaciones. ¡Los hombres están ciegos toda su vida!*

GOETHE: *Fausto.* (Escenas finales de la segunda parte.)

La mañana del gran viernes, al oír la voz de la señorita, Filomeno sintió algo raro dentro de él. Pensó. Pensó que lo sentía.

¿Miedo?

«A Caniquí —se dijo— no le meten miedo los hombres. ¡Ni los blancos!»

Con el amo era diferente, desde luego. Al amo no solamente lo respetaba: lo quería. Ni «apalancado», en pleno monte, dejaba él de querer a don Lorenzo. El amo tenía una manera muy buena de ser malo con los negros. Lo que él oía contar de los otros amos, no lo había visto nunca en el ingenio, ni en el cafetal, ni en la casaca de la calle Real.

Su último boca-abajo lo había dejado como muerto. Pero desde entonces —¡bendito boca-abajo!—, el amo le había cogido cariño. Bien lo sentía él en el odio de Domingo, su enemigo. El amo le había regalado zapatos, calzones y aquel chaleco, que era su orgullo. Le había pasado a él lo que a los potros. Con todo aquello y el vivir en la misma casa que la mulatica Rosario, se sentía donado.

La niña no lo había reconocido. De ello estaba completamente seguro. Y si ella no lo delataba: ¿qué podía tener del amo?

Pero la señorita...

Desde niño se lo había oído a la gente: «Las mujeres tienen parte con el diablo.» Con las de su raza él sabía cómo habérselas. Con unas cuantas palabras que él sabía, y variaba a veces por su cuenta,

las metía en cintura. Rosario era la primera mujer a quien él no sabía qué decirle, las pocas veces que se hallaban solos. Con las otras hasta a «galletazo» limpio se las había entendido... La china Petra, por ejemplo: la criada de la señorita Elena.

Pero las blancas...

La niña Mariceli era la única blanca tal vez que no le inspiraba miedo. Estaba seguro de que ella no lo delataría.

Pero la señorita...

Mala no se podía decir que fuera. A Domingo lo trataba bien. Quería casarlo con Rosario. En los días de fiestas repartía regalos y dinero.

Cerca de ella se sentía algo extraño, sin embargo.

Y lo que más lo intrigaba: ¿cómo sabía ella que él quería a Rosario? En las clases de catecismo y de gramática, que por orden del amo les daba Rosario a él, a Domingo y a Francisco, si él se echaba a reír porque le hiciera gracia al rabito de la Q, o volviera a confundir la C con la G, lo mismo que si Domingo o Francisco provocaban la risa o el enojo de Rosario; la señorita siempre la cogía con él. Lo miraba como si le sacase los pensamientos por los ojos. Y cuando los otros no podían asistir, la señorita no dejaba a Rosario que le diese a él clase.

Por lo mismo él había aprendido la cartilla. Y bien. Ahora podía leer de corrido. Y escribía su nombre: Filomeno Bicurnia Caniquí. Se sabía la tabla de sumar y la de restar. Era todo un negro ladino, que el amo podía alquilar o vender a buen precio. El amo le había prometido guardarle su salario para su coartación. Algún día trabajaría en su oficio por su cuenta... si el monte no volvía a tentarlo con aquella coezón, aquel impulso de Elegbará mismo, que desde esa mañana sentía sin saber por qué.

El amo se lo celebraba todo, satisfecho.

Y la señorita no le decía nada, sino que lo miraba, lo miraba de un modo extraño, como si desconfiase siempre de él.

Delante del amo se sentía negro bueno. Ante la señorita volvía a sentirse el negro malo, que, según la abuela, iba a morir «cogao».

¿Y si huera otra vez?

Su última fuga le había dado una lección. Ya no sería hacia el monte derecho, donde los perros husmeaban su rastro. Ahí estaban los manglares de la playa, hasta que el mayoral se cansase de buscarlo por las canteras.

Hablar era mejor. Hablar: confesarlo todo. Pero: ¿con quién?

En su mente rudimentaria, lo que había visto y sentido no tenía explicación. Lo había hecho por inspiración de Elegbará maldito. Tenía que hacerse «una limpia».

Mejor era callar, aunque el pensar lo atormentase. Pensar debía de ser cosa también de Elegbará. Él no podría soportar mucho tiempo lo que pasaba dentro de él, desde que abriera los ojos esa mañana.

Trabajó afanosamente hasta la hora del almuerzo. Y fregoteando todavía en el zaguán, tuvo el placer de recibir al amo y hacerse cargo de Lucero.

Pero ni la señorita ni la niña Mariceli se sentaron a la mesa. Sirvió al amo solo, como pensando en algo, y silencioso.

La abuela, preocupada por su herida, fue lo único que le quitó por un instante su tormento de pensar. Ni se acordaba ya él de su rasgón en el muslo. Pero desde que lo curó otra vez la abuela, con sus menjurjes, sintió el dolor de nuevo. Y creyó que sería mejor cojear un poco. Su simulación lo entretuvo hasta media tarde.

Al fin la necesidad de hablar lo empujó a la calle, sin permiso. Era la hora de la siesta y en la casa se oían volar las moscas. La calle parecía también desierta. Hasta la hora de la procesión del santo entierro iría a la bodega de la calle de Media Luna.

Y si algún totí maldito, o alguna tiñosa, habían llevado una pasa de su cabeza para hacer el nido, echándole a él «salación», no le faltaría allí el consejo de algún cúbila para quitarse el embó.

Rosario, con sus interminables sermones, y tanto o más que ella, su escepticismo de animal joven y sano, le habían hecho ver con un poco de recelo las viejas creencias de su adolescencia. Antes que Cristo en su cruz —símbolo simpático para su imaginación poblada de análogos tormentos en los mayores de su raza—, Obatalá le había dado la sensación de su poder infinito. En realidad, el Dios Padre de que le hablaba Rosario bien podía ser Obatalá. Por orden de éste, el terrífico Shangó —el dios de los truenos— lo había hecho llorar con el deslunbramiento de su llamarada, su ruido espantoso y su fuego, que mataba negros e incendiaba árboles y casas. Eso, seguramente, no podía ser cosa del pobre Cristo crucificado.

Biri, apagando el sol, había llenado de terror muchas soledades suyas, en las noches oscuras y medrosas de los tifones. Y en sus días

de «apalancado», el triunfo de Orúmbila, en las mañanas espléndidas del trópico, solía comunicar a su espíritu una intensa alegría.

Entre las concavidades misteriosas de las lomas, por último, como en las copas enormes de las añosas ceibas, en el fuego, en la lluvia, en los frutos de la tierra y en las flores –que sacudían constantemente su espíritu en intensas emociones–, Filomeno resistíase a conceder que no hubiese un orisha benévolo y protector, como en su primera juventud lo había *sentido* por cuenta propia, antes de aprenderlo por las tradiciones de su raza.

Ma Irene, la abuela –abuela de su madre, en realidad–, no le inspiraba ya el respeto de otros días. Que fuera princesa mandinga, como ella decía, que los ingleses hubiesen abordado el barco en que ella venía, y que fuesen ciertos todos sus cuentos de piratas, y de demonios, y de los gritos de «la cosa mala» desde la torre del convento, con todos los aparecidos y fantasmas que juraba haber visto en su vida, el biznieto no estaba muy seguro. Ni le importaba ya gran cosa. Muchas veces se había reído de ella y de sus jerigonzas con los demás esclavos jóvenes. Excitada por el alcohol o por alguna fiesta grande del pueblo, para ma Irene los piratas amenazaban siempre a Trinidad.

–¡Lo pirata! –gritaba de repente–, ¡Jesú m'ampare! Viene leona, viene leona. Tente, leona. Tente como nuetto siñó coni dómimo deo le dij a Justo Juárez: siñó, namico viene. Pirata viene. ¡Ojo tengo indoa! ¡Mano tenga ino toque!

Y en un arrebató, recogiendo todas sus fuerzas, asestaba imaginarias puñaladas en el aire, contra el enemigo invisible:

–¡Sangre le bebo! ¡Corazón le patto!

Su locura no obstante, la abuela pronosticaba cosas que luego resultaban la «verdad mismita». Y sus remedios curaban.

Ma Irene le había comunicado el misterio de su nacimiento y de su destino...

Elegbará –el gran dios, vengativo y poderoso– estaba bravo desde su nacimiento de él, Caniquí, porque Calixta –hija de princesa mandinga– había dado oídos a un hombre de otra raza: a un chino. Tal era la historia de sus padres. Y tanto era así, que Bián, el dios negro de la vinuela, había acabado con ambos enseguida, después de su llegada al mundo.

Filomeno, a pesar de sus alardes de descreimiento, para dar gusto a Rosario y presumir de entender bien el catecismo, no dejaba nunca de echar un jarro de agua a tierra, a las doce del día. Los blancos

hablaban del *Ánima Sola*. Pero él lo hacía desde el fondo de su ser por *Elegbará*.

El terrible dios, sin embargo, no podría hacer nada en contra suya mientras no lo permitiese el orisha *Olokún*, dios del mar. Filomeno lo creía a pie juntillas. Había aprendido a nadar en un solo día, asombrando al amo y a sus compañeros de excursión, quienes al verlo caer al río lo dieron por perdido y siguieron su camino, para creerlo un aparecido al día siguiente de la cacería, cuando volvió hacia ellos con una pieza abandonada...

Y el mar era su elemento, además. Al entrar en el agua de cabeza, en increíbles zambullidas, experimentaba una alegría indecible. Él no buscaba nunca los palenques de los otros cimarrones, sino la orilla de algún río, una laguna, o la playa. Nadaba horas y horas sin cansarse, por gusto. Mientras *Olokún* no lo permitiese, a él no podrían hacerle daño en el agua.

Ya en la esquina de la calle de *Media Luna*, cayó en cuenta que no llevaba su hierro milagroso contra *Elegbará*, ni sus cayajabos, ni su oración del *Justo Juez*, que casi siempre —por si acaso— llevaba encima. Hacía tiempo que los guardaba en su jolongo, sin cuidarse de ellos. Tal vez por eso se había desgraciado...

Por su lado pasó otro negro:

—¡*Ecobio!* ¡*Filomeno!*

Al fin, saliendo de sus laboriosos pensamientos, reconoció al interpelante.

—¡*Juan Limonta!*

Era el criado de un rico amigo de su amo, con quien había hecho gran amistad meses atrás, durante una breve estancia del amo en *Trinidad*. Bien vestido, con dinero como siempre, y buen amigo:

—¿Qué hace tú en *Trinidad*, *Juan Limonta*?

—*Negocio*. *Vinimo hoy*.

Don Federico de Limonta, dueño de extensas tierras por vuelta de *Villa Clara*, había quedado prendado de las filosofías y de la crenatística de *don Lorenzo de Pablos*. Era hombre también de influencia con el gobierno de *La Habana*. Tenía esclavos a centenares y no sólo para sus tierras. Viajaba con frecuencia.

—*La'amo*, *ta'ribullao con negocio grande dísele tu amo*. *Tú ka bel...*

Tomaron una copa, del fuerte, a su recíproca ventura.

Y quedó abierto el capítulo de las mutuas improvisaciones imaginarias, cada uno dando rienda suelta a su fantasía para alambicar la

más mínima palabra válida en un vasto arabesco de interjecciones, monosílabos casi inarticulados, oraciones incidentales disolventes de la principal, carcajadas incongruas, golpes de baile y repiqueteo de manos sobre el mostrador: todo ello intercalado con frecuentes libaciones.

Juan Limonta entendió bastante, sin embargo, para hacerse cargo de la terrible situación de su amigo. Y mencionó un nombre conocido: el taita José María. ¿Había ido a verlo Filomeno?

La gente blanca tenía horror al pobre viejo, antiguo verdugo de la villa, que allá por vuelta de Casilda y a pesar de sus cien años de edad vivía solo, siempre solo en su bohío de guano, cercado de piña silvestre el pequeño terreno que circundaba su pobrísima vivienda.

Sí. Filomeno había ido a visitarlo pero en otra ocasión: con un pardo achinado, zapatero de oficio. Y el taita, sin los bailoteos ni aspavientos de su abuela, le había echado los caracoles a su amigo, delante de su altar, donde Filomeno recordaba haber visto también un crucifijo. El cúbila había recibido el prudente aviso de huir de «aquella mujer», que iba a perderlo. Y, efectivamente, poco tiempo después supo que El Chino había degollado a su amante y huido al monte. No había vuelto a saber de él...

—Tú no hase na hatta que no bea al taita —recomendó Juan Limonta al despedirse.

El regreso de Filomeno, con la buena suerte de haber pasado inadvertida su ausencia, provocó evidente júbilo en Rosario y la abuela.

—Creímos que no volverías, Filomeno —confesó la joven.

La insinuación lo puso en guardia. ¿Cómo sabían ellas tanto? Con nadie había hablado en la casa de su idea de irse al monte. ¿Había hablado la niña?

Quiso saber:

—¿Por qué iba a juirme? ¿Qué pasó?

—Nada más te digo. Si oigo otra queja de ti lo vas a perder todo.

Rosario hizo en vano cuanto pudo por tranquilizarlo. Lo enfureció que la abuela atribuyese al aguardiente su malhumor.

Y con sus voces destempladas, en el gran silencio de la tarde solenne, mientras el pueblo en masa seguía la procesión del santo entierro, provocó algo inusitado en el patio de los negros...

El amo, en persona, se llegó hasta el zaguán.

—¿Qué son esas voces? ¿Qué sucede?

El esclavo, iracundo, demoró unos segundos en bajar la cabeza. Don Lorenzo entendió bastante. Y prefirió excusar.

— Te advierto, Caniquí, que la señorita me ha pedido que te mande al ingenio. No sé por qué. Ni quiero saberlo. Esta noche, por lo pronto, no vengas a servir la mesa. Mañana veremos... Me estás haciendo a mí una cara: y quién sabe lo que estés haciendo por ahí. Pero ten mucho cuidado: ¿lo oyes?

Y con el látigo plegado en la diestra, tocó varias veces el hombro del esclavo.

El sábado de gloria y en otra escapada se aventuró hasta Casilda. Llegó jadeante al bohío del taita.

Y echó fuera cuanto halló en su memoria, como mejor pudo.

El taita no le disimuló su desconuelo. El negro que hacía lo que él había hecho, estaba perdido. Así lo expresó a su modo el viejo, las blanquecinas cejas estiradas hacia arriba y el hocico en significativa mueca. Mujer blanca desnuda, hasta en sueños, era la perdición para un esclavo.

Después, siempre con un largo silencio entre el gesto anunciador y la expresión solemne de la palabra, preguntó:

—Tú... ¿no ha' oído habló de «La mano del negro», a la salía de Santo Espíritu...?

Y llevándose de cuando en cuando las manos huesudas a la cabeza —tupida alforbra de pasas cenicientas—, el taita refirió a Filomeno la trágica historia del negro espirituario José Gabriel Trelles, cuyo cadáver había quedado colgando de la horca, a la salida del pueblo, hasta que las tifosas se lo comieron poco a poco. Los caballos se espantaban y los niños de pecho lloraban todavía, desafortadamente, cada vez que se pasaba por el sitio maldito... Pues José Gabriel, víctima de algún embó, había visto también a Felipa Castañeda «ejnúa».

Los caracoles confirmaron el presagio. Filomeno sintió como si despertara en el cañaveral, rodeado de fuego.

¿Qué hacer? Él no tenía culpa de nada. La niña lo había engañado sin querer. Porque él no había pensado sino en Rosario.

Taita José María dejó pasar otro largo rato en silencio. Y poco a poco fue dejándole saber sus instrucciones.

Debía apoderarse de una prenda interior de la niña Mariceli; hacer una tira de trapo con ella, una tira de cinco nudos, poniendo un grano de maíz en cada nudo. Esa tira tenía que llevarla atada a la cintura durante siete días. Y cuidarse en todo ese tiempo de cualquier pensamiento o acto pecaminoso.

A los siete días debía volver a ver al taita, llevándole una gallina blanca, una cazuela de barro y cinco clavos. Los clavos tenía que

Llevarlos también los siete días, pegados a la carne. Podía hacer un cinturón y llevarlo debajo de «lo otro».

Todo le pareció en extremo fácil.

Y emprendió el regreso a carrera tendida, acaso como una compensación a su tortura de una hora, frente al despacioso taita.

IX

El enemigo invisible

*Cui praeripere destinatum gloriam valde
est iniquum.*

CICERÓN

Desde la cumbre de su felicidad inesperada, la tarde del jueves, Juan Antonio Luna fue rodando cuesta abajo, y con mayor violencia siempre, hacia una sima desconocida de desconuelo e impotencia. Nunca se hubiera admitido tan incapaz ante la adversidad. Ni hubiera sospechado jamás que tales cosas podían ocurrir...

Que el mismo jueves por la noche no saliese ella a recibirlo, parecióle aceptable, aunque volviese a su casa con la primera decepción. Y la duda, sangría de sus entusiasmos. ¿No habría sido una ilusión suya, que ella aceptara sus palabras y sus caricias con amante ascenso? ¿No habría sido para ella un rufián, un mal caballero, al abusar como lo había hecho de su inesperada situación? Acaso no querría verlo otra vez: no querrían explicaciones inútiles...

Supo el viernes que Mariceli seguía «indispuesta». Y la fórmula glacial no añadió hiel a su tormento, porque hubo de tener en cuenta su piedad sincera, y la solemnidad del día.

A medianoche, empero, acusándose repetidas veces de necio, se escurrió de su casa como un criminal y paseó las calles silentes de la villa con su ancho sombrero de paja de Italia hundido hasta las cejas y la imaginación en incoercible evocación de los asaltos y crímenes nocturnos, allá en La Habana. Vino a dar al fin frente a su ventana, en la casona de la calle Real. Y entregado a sus eróticos sueños, allí tan cerca de ella, se estuvo casi inmóvil, como fuera del tiempo, hasta que un ruido de pasos lo obligó a alejarse, callejón del Guaurabo abajo.

Consideró su villa natal a aquella hora desconocida, poblada de misterios...

Trinidad ejercía sobre su espíritu una influencia disociadora inexplicable. Más de una vez, ante su madre, ante don Lorenzo u otras personas de la villa, lanzado insensiblemente en algunas de sus tiradas habituales contra el despotismo ilustrado, contra el fanatismo y alguna vez contra la esclavitud misma: contra la vagancia, la holgazanería de los ricos y la miseria de los pobres, había sufrido de repente la sensación de hallarse como extraviado y entre enemigos. A poco, y en cuanto renunciaba a ser sincero y aceptaba «echar una manigüita», todos le devolvían su confianza y aun lo trataban con singular deferencia, encomiando en alta voz y con hipérbolos harto desagradables su cultura y su talento. Trinidad, sin embargo, tenía fama de progresista y de rebelde para el gobierno de La Habana...

El sábado de gloria, por la mañana, la negativa de su tía Celia a recibirlo agotó de repente su paciencia. Maltrató de palabra a Petra, la criada encargada del recado, y salió para la iglesia solo, sin esperar a su madre.

Por la tarde, contra el consejo de ésta, se plantó en la casa de la calle Real. Necesitaba una explicación y la tendría, aunque en caso extremo la intransigencia paterna lo llevase a un rompimiento definitivo. Así sabría a qué atenerse.

Con visibles muestras de contrariedad lo recibió su tío, solo. Después, ante su sincera explicación del interés que le inspiraba la familia, don Lorenzo le informó que su mujer también se sentía mal. Hacía dos días que ni la madre ni la hija comían en la mesa.

¿De Mariceli? Que no le hablasen de ella. Estaba harto de verla siempre comiéndose los santos. ¡Que se metiese a monja de una vez! Estaba resuelto a no poner objeción alguna, si los señores de sotana no enseñaban demasiado la oreja en cuanto a la dote. Que no se hicieran la ilusión de atraparle su dinero con la hija, porque estaba dispuesto a quemarlo y destruirlo todo antes. O a donarlo a la Casa Real de Maternidad: ya lo tenía pensado.

Con el exabrupto el joven comprendió que su tío nada sabía ni guardaba en contra de él. Pero la prohibición de hablarle de ella invalidaba su visita...

Don Lorenzo estaba contrariado. No tenía por qué negarlo. En Trinidad se hallaba, desde el día anterior, un rico amigo suyo de Villaclara: don Federico de Limonta. Era honore que pagaba buen precio por los negros, cuando podía examinarlos y escogerlos. En La

Habana era comensal del propio general Vives, con quien se decía que compartía sus negocios. ¡Lo que se le atribuía a él, sin razón!

Pues en aquellos días esperaba él la goleta «Cándida», con un «cargamento». No había que decir de qué.

Y con los malestares de las mujeres —¡malditas mujeres estorbándolo siempre todo!— y aquel ambiente de sacristía de su casa, no se había atrevido a brindar a don Federico Limonta la hospitalidad que debía ofrecerle. Estaba en casa del capitán del partido, jurado enemigo suyo.

Por otra parte, el capitán, enterado del próximo arribo de la «Cándida», que venía de la isla Tortuga con un cargamento escogido, lo tenía amenazado con denuncias y expedientes. ¡Canallas! Para sacarle dinero nada más: que ellos eran los primeros en proteger los desembarques, cuando se les pagaba bien.

Tal era su situación. Y aunque mandase para el ingenio —o al mismísimo infierno— a la madre y la hija, don Federico ya no vendría a su casa.

—¿Ve para lo que sirven las mujeres? —concluyó—. Y como ésta, mil. No creas que es la primera vez que se me echa a perder un negocio por ellas. Yo no sé que es lo que se proponen, no sé qué es lo que quieren. Pero te digo que para esto, vale más que me dejen solo de una vez... Así, dándose golpes de pecho y comiéndose los santos, yo no he visto criatura más ingrata ni más egoísta que esa hija mía. Sólo esperaba de ella una cosa a la que creo tener derecho: nietos. Trabajar como yo trabajo para que mañana se lo lleve todo la trampa, o la iglesia —para el caso es igual—, es desconsolador. Pues ella sólo piensa en sí misma y en su locura de santos. ¿No es para dolerse? ¿No es para vivir como yo vivo, en el mismo infierno?

Tras un largo silencio, que el joven no se atrevió a romper, don Lorenzo se puso en pie.

Juan Antonio balbuceó unas frases de despedida y salió con toda la sangre agolpada al rostro, estrujando su sombrero entre las manos.

Mariceli estaba definitivamente perdida para él.

El domingo, no obstante su pesimismo, persuadió a su madre que debía ir personalmente a saber de doña Celia y Mariceli, después de la misa.

Para la viuda no había pasado inadvertido un solo detalle del proceso pasional de su hijo. A partir de la noche del jueves, su angustia iba pareja con la de su hijo.

Pero Mariceli, en su sentir, no amaba a Juan Antonio. Sentíase ella tan buena hija de Dios y tan buena cristiana como la que más. Su vida, de soltera, de casada y después, de viuda, había sido irreprochable. Pues ella no hubiera hecho sufrir así a ningún hombre. Y menos a un hombre como su hijo, dotado de todas las perfecciones. Mariceli era una criatura desamorada, de todos modos. Con ella había sido siempre arisca. Era el vivo retrato de su padre: lo había dicho toda su vida. Y acaso era mejor que no fuese la mujer destinada a sustituirla en el corazón de su hijo. A ese precio no quería ella ni las minas del Potosí...

Incapaz de contrariar abiertamente a su ídolo, sin embargo, se dispuso a ~~dejarlo~~ hacerlo. Iría a la casa de la calle Real.

Salieron de misa juntos y él se quedó a su espera en la esquina de la calle de la Boca, junto al jigüe histórico.

Hubo que esperar mucho tiempo... ¡un cuarto de hora!

Y al divisarla, ya de vuelta, se alarmó del corto tiempo que durara la visita. ¿Qué había pasado?

—¡No la esperaba tan pronto, madre! ¿Cómo fue? ¿La vio usted?

Doña Elena apenas podía hablar, del enojo. Doña Celia la había recibido con marcado disgusto. Y la niña lo mismo. Ninguna se había tomado el trabajo de disimular su sorpresa. Mariceli se había dignado apenas contestar sus preguntas, siempre con los ojos en el techo, como una sonámbula. En resumen, porque la indignación no la dejaba respirar, que entre la madre y la hija le habían hecho pasar la humillación más grande de su vida.

De vuelta en la casa, sin la mantilla, que la sofocaba, y ante el silencio persistente de su hijo, fue más explícita.

Al despedirse de su prima había oído al extremo del corredor, por la puerta del zaguán, la voz de Petra, su criada. Le había dado permiso esa mañana y nada raro le pareció encontrarla allí.

Para Celia, en cambio, ¡la presencia de Petra entre sus criados fue motivo de un nerviosismo extraordinario!

—«¿Por qué tienes contigo a esa arpía?» me dijo. Llamó en esto a Petra y delante de mí la maltrató de palabra. Le dijo que cuando tuviera que venir a su casa, con algún recado mío, lo hiciera por la puerta de la sala, nunca por la de los criados. Y que no la quería ver allí. ¡Así, como si yo no existiese! Estuve a punto de cantarle las cuatro verdades, y de recordarle cuando ella vino aquí por no ir al arroyo...

—Pero; dígame, madre —interrumpió Juan Antonio, cansado de aquellas noticias para él insignificantes—. ¿La vio usted? ¿Se halla realmente enferma? ¿Está acostada?

—Sí, Juan Antonio: la vi —contestó resignada la madre, al cabo de un silencio—. Y no tiene nada grave. Estaba acostada porque se niega a

tonar aliento, y está débil. Se ha hecho una capilla en la casa. No piensa sino en el convento. Es ridículo que conserves aún esa ilusión de que te quiere...

Y después, como arrepentida de su rudeza, apeló a su treta de ofenderse antes:

—Sólo ella te interesa, y ni atención me prestas cuando te cuento lo que se me ha hecho en aquella casa. Para ti que me ofendan, como que me acaricien, es igual...

El joven se plegó a ella y la abrazó, en demanda silente de perdón. Cuando su madre entraba en ese orden de incongruencias sentimentales, era el único medio de evitar las lágrimas. Ahora tenía que cambiar de tema, o salir a la calle.

Pero salir a aquella hora por las desiertas calles inundadas de sol, era impensable. Prefirió la vieja treta de niño:

—Está bien. Perdóname que la haya hecho ir. Pero no me haga recriminaciones ahora, porque me duele la cabeza. He dormido mal anoche.

—¡Las aceitunas gordiales! —reaccionó enseguida la madrecita—. Comiste demasiado: bien te lo dije.

—Al contrario, madre, lo que tengo es hambre...

Después del almuerzo, aunque incapaz de dormir, tuvo que reclinarsse en el sillón y cerrar los ojos.

Acostumbrado a su plena sinceridad de estudiante, aquella cadena de pequeñas mentiras —como la vida social íntegra de su villa natal, impregnada de celos nimios y antipatías disimuladas, de hogar a hogar— comunicábale un creciente disgusto de sí mismo. Ahora tendría que fingir que dormía, para declarar después que el dolor de cabeza había desaparecido... ¡Y él, que pensaba con envidia en Danton, Desmoulins y Bolívar, no era capaz de romper aquellas telarañas!

—¿No quieres acostarte?

—No, mamá. Déjeme aquí. Hace demasiado calor allá adentro.

A poco, sin embargo, su pueril ardid le valió una información preciosa, aunque viniese a agravar su incertidumbre.

Petra, la criada de su madre, tenía mucho que comunicar a su ama. Era una parda achinada oscura, escuálida, con aspecto enfermizo. El expresionismo exuberante de sus manos y sus brazos esqueléticos hacía raro contraste con la inmovilidad de su rostro y la monotonía de su voz

gangosa. El joven pensó en la sacerdotisa de algún culto extraño, que hablara en trance profético...

En voz muy baja, a recomendación de su madre, para no despertarlo, entregó su letal mensaje.

En casa de «la señorita prima de la señorita» pasaba algo misterioso. Ma Irene, la vieja, estaba como loca. Todo se le volvía recitar la oración del Justo Juez y besar sus caracoles, que no soltaba de las manos. Rosario no decía nada, pero lloraba cuando se le preguntaba qué tenía su amita. Caniquí andaba «juío». Lo habían sorprendido robándose una pieza de ropa: una camisa de la niña Mariceli. La camisa había pasado por las manos de mucha gente: estaba toda manchada de sangre. La niña Mariceli se la había confiado a Rosario con mucho secreto, para que se la lavase. Y Domingo le sopló a la señorita que Caniquí se la había robado y la tenía escondida en su saco. Al verse descubierto, Filomeno se lanza contra Domingo, lo deja medio muerto, con una mordida atroz en la yugular, le arranca la camisa a Rosario de las manos y sale «juío». Al ver corriendo al esclavo por la calle, como alma que lleva al diablo, todos los criados de la vecindad se meten de sopetón en el zaguán de la casa...

Si el amo hubiese estado en la casa quién sabe lo que hubiera pasado. Acababa de salir para Casilda o la Boca, con don Joaquín Sirú, el comisario de policía, que había venido a buscarlo. El amo había dado unos gritos muy fuertes hablando con el señor comisario y le había llamado ladrón, a él, al capitán del partido y a todo el mundo. Había salido hecho una furia el amo.

Y detrás del escándalo, Caniquí, que por poco mata a Domingo y sale como una flecha de la casa. En todo el barrio no se hablaba de otra cosa desde la noche del sábado. Ella, Petra, sabía dónde estaba escondido Filomeno. Aquella mañana lo habían visto. Pero tendrían que arrancarle la lengua para que ella lo dijese. Estaba en casa de doña Josefa Bourés, amiga de don Antonio Bicunía, antiguo amo de Filomeno. Doña Josefa tenía a Caniquí por negro bueno, a pesar de todo. Pero para ella, Petra, Caniquí tenía el demonio metido en el cuerpo. Nadie sabía bien lo malo que era Filomeno.

—Acuérdese, mi ana, de lo que le dice hoy su esclava, Petra la China: de ese negro se va a hablar en el mundo entero... ¡Por ésta!

A través de sus entreatos párpados, Juan Antonio vio el largo brazo escuálido extenderse primero, en una sacudida, y doblarse después, para llevar en cruz unos dedos descarnados contra la boca sin labios.

Doña Elena, en tanto, comprendía a duras penas lo que su esclava le contaba. ¿Para qué podía haber hurtado Caniquí una camisa? ¿Habían advertido ya en la casa otros hurtos de ropa? ¿Qué había ido a hacer el señor comisario a la casa de la calle Real? ¿Era posible que a don Lorenzo de Pablos lo llevaran preso?

Petra sólo sabía lo que contaba. Francisco, el cocinero, le había contado que Caniquí se había herido un muslo, con un vidrio, y que a la señorita doña Celia le había dado un ataque porque a la niña Mariceli, cuando vio a Caniquí chorreando sangre, había pegado unos gritos muy fuertes, pidiendo socorro. Caniquí y la niña Mariceli estaban solos, en la capilla nueva. Desde el sábado anterior al domingo de ramos la niña Mariceli no dormía la siesta, sino que se quedaba en la saleta, sola, para que Caniquí le acabase pronto la capilla. Ma Irene le había preguntado varias veces al nieto qué misterio se traía con la niña Mariceli y Caniquí le había contestado de muy malos modos que a ella no le importaba. El jueves trajeron a la niña de la procesión con un ataque. Vino el médico y mucha gente esa noche. El amo no durmió en la casa: estaba en el campo. Y el viernes la señorita Celia no dejó a Rosario que entrase en el cuarto de la niña Mariceli. La niña y la señorita hablaban llorando y cada vez que Rosario quería entrar, la señorita la echaba para el traspatio. Rosario no sabe nada, pero está segura de que algo muy grave le ocurre a su amita...

Juan Antonio no pudo reprimir un movimiento.

Y la voz gangosa dejó de hablar.

La madre, con un cambio brusco de actitud y de tono, dijo algo indiferente. Petra contestó con perfecto aplomo y transformación no menos radical, que «todo estaba limpio y en su orden, como lo había ordenado la señorita». Ana y esclava tenían bien aprendido sus papeles.

Agotado por el esfuerzo, el joven se puso en pie de un salto.

—¡Hijo! ¿Qué te pasa?

Había que seguir el juego:

—Tuve una pesadilla, mamá. Está probado que no me sienta dormir la siesta inmediatamente después de almorzar. En La Habana no lo hago nunca...

Y haciéndosele intolerable ya la permanencia en su casa, bajo la mirada escrutadora de la madre, añadió:

—Tengo que dar una vuelta, a pie, para ayudar la digestión. Ahora vuelvo.

—¡Pero, hijo! —alegó ella—. ¿Dónde vas a esta hora? Recuerda que esta tarde vamos a Casilda, con las Irirragorri y las Malibrán. Tu amigo Echerri va también. Y vas a volver demasiado sofocado para bañarte enseguida.

—Voy hasta la botica de don Agustín Cañellas y vuelvo al instante. No, no es nada. Prefiero ir yo mismo. Me sirve de ejercicio. No insistas, mamá: tengo que salir...

Y salió, a despecho de los interminables alegatos de su madre.

Su brusca decisión de ir hasta la botica de la calle de Gutiérrez tenía una sencilla explicación. A esa hora solía estar en su gabinete, contigo a la botica, el doctor Bernal, médico de ambas familias.

Pero era domingo...

La objeción surgió demasiado tarde en su cerebro. Su impulso lo llevó hasta la botica.

No estaba el médico, desde luego. Y para la tertulia dominical de costumbre, era demasiado temprano.

—¿Hay novedad en la familia? —preguntó el boticario.

El joven, poco a poco, se rindió a la necesidad irrefrenable de expresar sus pensamientos. Habló para no gritar, para no correr a la casa de la calle Real y entrar, pistola en mano, hasta el aposento de su prima. Habló para no hacer un disparate mayor.

Pero sus reticencias, sus circunloquios e incoherencias eran nimias. El viejo boticario sabía a lo que él venía...

Una vez más se sintió niño, inerte, indefenso como una mosca en la telaraña sutil que era para él la vida espiritual y moral de su pueblo. El boticario lo trataba como si hubiese estado presente durante la escena inmediatamente anterior, allá en el comedor de su casa...

El médico —el informante estaba seguro de ello— no le diría nada. El doctor Bernal se mostraba preocupado. Estaba bajo el peso de una tremenda duda. Algo inaudito.

—En mi concepto, señor de Luna —añadió con énfasis—, es un grave error de la santa y buena señora, su señora tía algo que asir con fuerza.

Juan Antonio sintió un escalofrío. Sus manos buscaron de usted, esa negativa terminante suya, a que el doctor Bernal practique un reconocimiento...

—Amigo leal que soy de la familia —siguió el vejete—; rechazo con indignación lo que anda ya en las lenguas de la gente. Es increíble cómo la

maldad humana se goza en arrastrar así por el arroyo el honor y la inocencia de una criatura que es una santa, que es positivamente un dechado de virtudes...

Al fin, alerta al efecto contraproducente de sus palabras de indignada simpatía, el boticario cambió de tono.

—Pero permítame que le advierta —adujo—, que en este delicadísimo asunto, señor de Luna, tiene usted que proceder con una prudencia infinita. Fui amigo de su padre de usted y lo estimé en todo lo que valía. Un hombre prudente y sabio como pocos. Por eso me tomo esta libertad de hablarle así, aunque lo conozco bien y sé que le sobran facultades de que yo careco en absoluto. Es a título de viejo que le hablo. A título de viejo nada más, y sin faltarle al respeto que le debo, por su cultura y su talento... Tiene que proceder usted con extrema cautela, con exquisito tacto. Es usted generoso, valiente... y joven. Ya usted me entiende. Todo eso lo pone a usted en peligro de tomar este asunto como cosa propia. Que lo es realmente, desde luego: por más de un concepto. Aceptado. Pero de tomarlo como algo contra lo cual puede uno luchar de frente, a cara descubierta, como se lucha contra un enemigo, aunque sea diez veces más fuerte que uno. Corre usted el peligro, en fin, de tomarlo como si el único ofendido fuera usted, y con su victoria sobre el enemigo la inocencia de su señorita prima quedase *ipso facto* demostrada. El juicio de Dios...

Juan Antonio lo oía todo como un eco de su propio pensamiento. Pero lo devoraba la impaciencia. No era cosa de estar allí toda la tarde, oyendo al boticario-filósofo, mientras el criminal se ponía tal vez en salvo. Y recordaba bien: la casa de la señora doña Josefa Bourés, en la misma calle, por el callejón del Portugués. Aunque estuviera desamado, allá iría sin tardanza. Él sabía la verdad, toda la verdad, antes de diez minutos...

—El juicio de Dios —seguía su consejero—, que está muy bien en la historia, en la leyenda; pero de ningún modo en este caso. Porque el peor enemigo, señor de Luna, no es ese aborto del infierno, si el hecho criminal fuese cierto, que yo no lo creo: ¡ni usted debe creerlo tampoco! El peor enemigo no recogerá el guante; no responderá a su desafío. Se burlará de su generosidad, de su coraje, de su noble indignación. Lo vencerá a usted sin lucha, licenciado... ¡El peor enemigo es un enemigo invisible!

Juan Antonio interrumpió bruscamente a su gárrulo intérprete. Ensayó una excusa y lo dejó, hablando aún.

— ¡Vea usted lo que hace, don Juan Antonio! ¡Señor Licenciado: vea usted lo que hace! Una violencia lo perdería a usted... ¡y a ella! ¡Oiga usted el consejo de un hombre desinteresado, de un amigo leal, de un viejo...!

¡Caniquí!

Recordó sus pensamientos de un día, camino de Camagüey, algunos meses atrás:

«Caniquí es un símbolo. Sus tremendas energías, su vigor físico, su alegría de animal joven y sano, apenas le sirven para sí mismo. Cuba es también venero de riquezas, de juventud, de alegría. Pero por derecho de propiedad, por la tradición y por la ley, todo lo suyo es de su amo, de su poseedor. Todo, menos la vida, se lo debe a su dueño, que hasta la vida puede quitarle. Como Cuba se humilla al peso de sus cadenas, y todo lo espera del extranjero, del amo. Pero un impulso recóndito empuja el esclavo al monte, al «palenque», a la libertad individual y desordenada. Y para nada le sirve a él esa libertad, sin embargo... ¡Acaso Cuba tampoco haría otra cosa que «apalancarse», como Caniquí, y retroceder a su condición primitiva! Posible que los viejos tengan razón. Pero el impulso es invencible...

»*Amárreme, mi amo, o métame en el cepo, porque si no, hoy me juyo*. El impulso cede un momento al sentimiento de lealtad y se niega a sí mismo. ¿Con qué resultado? El de provocar la cólera del amo, el de renegar sus cadenas, para renacer más fuerte al cabo, y paradójicamente más impotente. Caniquí se envilecerá a sí mismo y envilecerá a su amo, a cada escapada. Y cuando se fugue la última vez acaso será tarde, porque llevará en su cuerpo y en su espíritu las huellas demasiado hondas del cepo y las cadenas. Caerá en las manos de otro amo hacia el cual no sienta ni lealtad ni nada, y que lo explotará mejor, porque lo conocerá sólo por sus peores cualidades. Y de ese amo ya no escapará sino por el crimen, por la desesperación o por el suicidio: clavando sus dientes en la yugular del dueño insufrible —como dicen que suele hacer con sus iguales en la lucha— o tragándose su propia lengua. ¿Será ese también el destino de Cuba?»

Doña Josefa lo recibió al principio recelosa. Después, vencida por su sinceridad y su dolor, le confesó que había acogido, sólo por unas horas, al fugitivo. Le mostró, uno a uno, todos los rincones de la casa.

—Caniquí no es malo, señor don Juan Antonio —le dijo al despedirse de ella, desconcertado—. Yo no lo creo capaz de lo que se le acusa. Me confesó que había robado la camisa por consejo de taita, un brujo, un antiguo verdugo que vive allá por Casilda. Ta vez el taita sepa algomás: a mí no me lo ha dicho. Dice que debía llevar esa camisa alrededor de la cintura, por siete días, para quitarse un eribó que era la causa de su salación, de su desgracia... Y nada más. De la niña no dice una palabra. Que es muy buena con él. Que le mandó hacer unas disciplinas, un cilicio. Y él creyó que era para Rosario. Su inquina es contra Domingo, por la mulatica. En nada deja escapar un indicio de su crimen, si es verdad que lo cometió o lo intentó siquiera. Está seguro de que el aro lo perdonará. ¿Cómo es posible que él espere el perdón de don Lorenzo de Pablos, si es verdad que ha intentado siquiera lo que se le imputa?

Candó volvió de su inútil visita al cauteloso taita, ya bien entrada la noche, su madre yacía en cama, entregada a los cuidados de su fidelísima Petra. La ansiedad de seis horas sin saber de sus pasos había exacerbado de tal modo su dolor, casi constante, de cabeza, que se esperaba la visita del doctor Bernal, llorando contra su expresa voluntad por la alamaña esclava.

Juan Antonio se felicitó en silencio. Y realizó el milagro de curar a la madrecita, a fuerza de besos...

Su entrevista con el médico de la familia, empero, añadió más sombras a su incertidumbre que consuelo a sus esperanzas. Hablaron más de dos horas a solas. Tuvo que oír, casi exactamente, los mismos consejos del viejo boticario. Y el único acuerdo entre ambos fue que doña Celia había entrado en un fatal camino de ocultación y disimulo, y que a ella habría que culpar de las consecuencias el escándalo. En todo el pueblo no se hablaba de otra cosa.

Don Lorenzo de Pablos no sólo ignoraba totalmente el asunto, sino que seguiría ignorándolo. En primer lugar porque en ocultárselo a su marido doña Celia jugaba todas sus cartas. La buena señora tenía más a su esposo que a Caniquí mismo, y a la maledicencia de todo el pueblo. Y además, porque el afán de lucro del riquísimo hacendado lo había hecho caer en las trampas de la ley...

—Una goleta que venía a él consignada —le informó el doctor— con un cargamento de esclavos, procedente de la isla Tortuga, ha sido apreada por el capitán del partido. Un escandalazo, aunque todo el mundo sabe perfectamente que la trata sigue viento en popa, por todos los puertos y

ensenadas de la isla. Nuestro señor don Lorenzo, sin embargo, quiere hacer las cosas porque sí, confiado en su coraje y sus influencias. Y esta vez le ha salido el tiro por la culata. Dice él que es una traición de un individuo, compinche del general Vives, a quien toró por amigo: un tal don Federico, de Villalraa...

Juan Antonio recordó su entrevista de la tarde anterior. Era aquel don Federico Limonta, a quien su tío deploraba tan amargamente, no haber hospedado en su casa, por culpa de las mujeres.

—Acabo de oírle decir algo monstruoso —concluyó el doctor Bernal, ya en la saleta y despidiéndose.

—¿Con relación a lo de Mariceli?

—No. Ya le he dicho que de eso no sabe una palabra: ni le prestaría atención si se lo dijese, además. Lo que me ha dicho, y yo tengo la pena de creerlo muy capaz de llevar a cabo, es que si comprueba que ese don Federico, de acuerdo con el capitán general y con el auxilio de toda la canalla judicial y policíaca, lo que se proponen es robarle el cargamento de la «Cándida», creo que así es como se llama la embarcación, él como se llama Lorenzo, está dispuesto a echar a pique la goleta, con toda su carga...

Por un momento, Juan Antonio dejó de pensar en su obsesión de ocho horas consecutivas.

Y en su desvelo de la noche, la imagen de la «Cándida» sepultando en el mar cuatrocientas o quinientas vidas humanas de una vez, por la codicia de aquellos blancos, los dueños de los destinos de su patria, hizo palidecer la otra —ya bastante debilitada desde su franca plática con doña Josefa Bourés— de un Caniquí abusador, cobarde y criminal, martirizando entre sus brazos de gorila en celo las carnes sonrosadas y suaves de *ella*, su novia imposible.

X

¡Sálvese el que pueda!

Vae victis...

Otra vez «juío»...

Los gritos de la abuela y de Rosario lo habían hecho correr Real y calle Desengaño abajo, sin propósito formado.

Y así entró, de rondón, en casa de su antigua protectora, escupiendo todavía la sangre de su enemigo que le quedara en la boca y con la pieza de ropa hurtada entre sus manos, sucias de sangre y tierra. Las cosas le habían sucedido demasiado rápidamente para pensar en ellas.

Se sometió dócilmente al interrogatorio de doña Josefa. Y le prometió volver a la casa y atenerse a la bondad del amo, al que tendría que decirle la verdad. Si Domingo se había levantado del suelo, todo se reduciría a que lo mandasen a él para el ingenio. ¿Estaba él seguro de que no había hecho más que hurtar esa pieza de ropa, para su «limpieza», y reñir con Domingo?

No. Caniqué no estaba seguro.

La verdad era que él no quería huir. La casa de la calle Real no era el ingenio. Se había sentido bien como nunca en su vida, comiendo y durmiendo a sus anchas, la ropa siempre limpia... y su chaleco. Con el permiso del amo ya había salido a trabajar. En el hospital, donde se le quería bien, había vuelto a terminar su obra de los arriates nuevos, ganando cinco reales. El amo se los había dejado gastar. Tenía camaradas, cúmbilas de su edad y su mismo temperamento, entre los que se sentía rey. Y las mujeres se volvían locas por él. La China le ofrecía regalos y dinero. Y luego, Rosario...

Nb: no huiría otra vez al monte. La verdad era que el palenque no le brindaba nada. Hambre, terrores, soledad. Nb: la casa de la calle Real no era el ingenio.

Doña Josefa habló mucho tiempo delante de él: le dijo muchas cosas, que él no oyó.

—Entonces, Filomeno, quedamos en que mañana temprano volverás y te presentarás a tu amo. Y le dirás todo lo que hiciste, como me lo has contado a mí. Y le pedirás perdón... ¿Oíste? Y si te mandan para el ingenio, acepta y ve resignado, Filomeno. No vuelvas a huirte porque será tu perdición...

Todo lo prometió, conforme se lo pedía su protectora. A su lado, en efecto, se sentía seguro y capaz de hacer lo que había prometido.

Pero al quedarse solo, en la cocina, la vista de un hacha colgando de un clavo lo impulsó a un movimiento radicalmente contrario a sus pensamientos. ¡Un hacha como aquella le convendría tanto en el monte...!

Oyó por echarse a descansar en el colgadero, junto a la puertecita del callejón de Portugués.

Abrió los ojos con el primer albor del día.

Sin pensamiento, asustado por hallarse en sitio desconocido, abrió de un impulso la puertecita y echó a correr por la calle, todavía oscura. A campo traviesa, camino de Casilda.

La finca de los Vianones. Arbustos de marañón. Llana, llanilla y tuna. Agua en los pies... Pero estaba seguro: tenía enfrente el cayo de los Algodones. A la derecha, la línea todavía imprecisa de la sierra. Reconoció los bosques de tamarindillo. Sasafrás, papita, zapote. Ahora, la laguna de los algodones, con sus almácigos.

Al coro triston de la guarano y las notas más salientes de la torcaza y los silbidos de chichiguacos y totíes, se unieron las notas estrechadas del guatibero, el gurguitar del carpintero y el desabrido zorzal, con su graznido. El primer canto de juízo lo detuvo, alarmado...

Anduvo aún mucho tiempo, abriéndose paso, dentro del bosquecillo. En el concierto natural confundieron al fin todas las voces: el sabanero trinitario, con su «juichiuí: choel, choel», el suave y quejumbroso solibio, el sinsonte: «canario del manglar», y la fuerte voz del arriero.

Cesó el bosque, casi de repente. Y a sus oídos llegó el suave murmullo de las olas, estrellándose en las rocas. Estaba frente al mar. Pisó arena.

¡Olokún bendito!

En el aire salitroso reconoció un perfume: la salvia marina. Las rocas se le antojaron animales monstruosos, figuras de mal sueño. Vio palmas muertas, iconos... Orishas malévolos.

Un mogote. Otro. La cueva.

La marea alta se la tenía inundada. Sintió frío. Por el labo del mar, ya azul, las olas entraban blandamente. La respiración de Olokún. Halló su lugar seco.

Satisfecho de su inspección, salió de nuevo y se sentó entre las rocas.

Birí, vencido, se apelonaba en torsos y cabezas monstruosas, contra la sierra.

Y del otro labo, sobre el rígido horizonte de las aguas, el magnífico Orúnbila comenzó a lanzar hacia lo alto la sangre de su enemigo agonizante, para surgir después, apacible y sereno, en el azul luminoso y cada vez más claro del cielo.

Algo le molestaba en la cintura. Un hada. El hada que viera colgada la noche anterior, en la cocina de doña Josefa Bourés. ¿Cómo había venido a dar a su costado?

Desde ese instante, Caniquí volvió a sentir que pensaba. Pensó que estaba otra vez huido. Ya no tenía remedio.

—¿Y si volviera al pueblo? Allá estaba la buena cama, la comida sabrosa y abundante, los cúmbilas, Rosario...

Delante de sus ojos, el mar, la sierra. Hacía tiempo que no los veía, que no oía la respiración de Olokún, que no gozaba nada de aquello. Unos árboles y un poco de tierra: eso era todo en aquel patio oscuro y húmedo de la casa de la calle Real.

Dejó los arrecifes por la arena y se tendió, boca arriba, de cara al cielo. ¿Para qué pensar más en aquéllos? Los buenos orishas ya no lo soltarían. La salvia marina, el canto de los pájaros, el roce de las olas; la brisa, todavía húmeda, y el cielo: ¡tanto cielo!

Cerró los ojos. Luego buscaría unas frutas, o algún pichón que matar a pedradas. La finca Cayaguazán no quedaba lejos. Se robaría unas gallinas. Al monte no subiría hasta que se cansasen de buscarlo por allá arriba, con los perros. Tenía mucho que hacer. Mejor que estar pensando, como allá entre los blancos. El taita José María y la abuela eran unos viejos locos. Ni él estaba «salao» ni nada de aquello era verdad. Los fantasmas sólo salen de noche. Y allí estaba su cueva, para esconderse.

Después no pensó más.

Al cabo de tres días de inacción, sin noticias de la casa de la calle Real y rehuyendo a propósito el trato de «las personas decentes», entre las que mayormente sintiera los dardos de aquel «enemigo invisible» apuntado por el viejo boticario, Juan Antonio Luna llegó a creer que la tempestad había pasado.

La pugna abierta entre don Lorenzo de Pablos y las autoridades locales, por otra parte, absorbía la atención de sus jóvenes contertulios, en la plática vespertina de la Plaza Mayor: los únicos que tuvieran la exquisita discreción de no hablarle una palabra de su prima, aunque él —en su misma, acentuada consideración— intuía perspicuamente que lo sabía «todo».

En ese pequeño grupo suyo, de jóvenes intensamente patriotas e insurgentes, don Lorenzo de Pablos, con todo su prestigio, no era otra cosa que un traidor: un españolizado más. Para decirlo así no se cuidaban de su presencia, por el estrecho parentesco. Y él lo agradecía, aunque le pareciese un poco injusto el juicio. En el grupo había hijos de españoles que oían, impertérritos, cosas peores de sus padres.

El tal Limonta, rico hacendado de Villaclara, no era otra cosa que un instrumento del general Vives. Las ganancias fabulosas de don Lorenzo de Pablos habían despertado su codicia. Un criollo no podía ganar más que el «godo» máximo, jefe de plaza sitiada, por mucho que el criollo se rebajase y «untase» oro, a derecha e izquierda. El capitán del partido, después de todo, era un infeliz y deploraba tener que proceder contra su generoso compinche. Pero la orden venía de arriba: la «Cándida» iría a La Habana, a los barracones del gobierno. Se publicaría profusamente la captura, para engañar al cónsul inglés. Y el reparto vendría después: una montaña de papeles sería todo lo que quedaría del asunto.

Los jóvenes se hacían cargo, con saña jubilosa, del anargo desengaño de don Lorenzo. Harto los había humillado con sus jactanciosos consejos, con su altivo menosprecio de sus conterráneos revolucionarios, con sus comentarios irónicos al desembarco de los hermanos Betancourt, de Santiago Zambrano y otros patriotas, en el río Agabama, algunos años atrás... Don Lorenzo se había expresado sin respeto alguno por los mártires de Canagüey: Francisco Agüero y Manuel Andrés Sánchez, el primero un cubano meritísimo y el segundo un héroe colombiano...

Juan Antonio calculó que algunos de aquellos muchachos tendrían dieciocho o veinte años, a lo sumo. Hablaban de su tío, sin embargo,

como enterados minuciosamente de toda su vida: como contemporáneos de José Aniceto Iznaga y Juan José Hernández Cano, a cuyos esfuerzos con Bolívar por la liberación de Cuba se referían como cosa de ayer, en la que hubieran tomado parte apasionada y principal. Su obsesión con el refardo misterioso alrededor de Mariceli lo mantenía un tanto ajeno y como indiferente al tema que apasionaba a sus amigos. Y por imata generosidad acaso, la traición de que era víctima su tío lo inclinaba a la clemencia para sus errores pasados. En la rencorosa alegría de aquella juventud Juan Antonio descubrió, muy a su pesar, que contra don Lorenzo de Pablos no sólo se levantaba en aquellos momentos el patriotismo puro, sino la envidia también, a su laboriosidad y a su sentido creador y afirmativo de la vida. Sus jóvenes amigos repetían acaso la hiel destilada de muchos hogares trinitarios contra la casa de la calle Real.

Sus conclusiones lo llevaron más lejos. Volvió entonces su pensamiento a Mariceli, y antes de hacerse la idea clara en su cerebro una angustiosa sensación de pánico recorrió sus nervios... ¿Se detendría aquella saña en la inocencia de su prima? ¿Respetarían aquellos papagayos irresponsables el honor de Mariceli, cuando él se alejaba de ellos?

Su obstinado silencio, en tanto, hubo de llamar la atención de sus amigos. Pensó no volver a aquellas pláticas, acaso el único consuelo a su soledad y su pensamiento fijo. La idea de romper de una vez con la tela de araña y volver a La Habana, iba ganando ya valor de solución, aunque al principio la rechazara indignado contra sí mismo. Con su madre y el doctor Bernal hubo de discutirla: para éste era lo más prudente. El ingreso de Mariceli en un convento parecía ahora cosa resuelta, por parte de la misma doña Celia. Se anunciaba ya su viaje a La Habana: el año que duraría el noviciado permanecería ella en la capital, cerca de Mariceli. Don Lorenzo ya había dicho de modo categórico, a su manera, que no quería oír hablar más de su hija. Que la desheredaría si se metía a monja; pero que hasta se alegraba de que lo hiciese, para darle a su dinero mejores y más dignos herederos que ella.

Para doña Elena, en tanto, la vuelta a La Habana de su hijo era otra cosa. Era lo suyo, que nadie parecía tomar en cuenta lo que ella defendía. ¿Qué tenía ella que ver con la familia de su prima? ¿Por qué tenía que dejarla otra vez su hijo, cuando escasamente hacia dos semanas que llegara, después de seis meses de ausencia? ¿Es que Mariceli lo era todo? ¿No contaba ella para nada?

El doctor Bernal, desde luego, acabó retirando su consejo. Las madres siempre tenían razón.

Y Juan Antonio, cada día más deprimido y más descontento de sí mismo, imaginando siempre las más absurdas esperanzas, expedientes violentos y provocaciones a una explicación personal con su tía y su prima, escribiendo principios de cartas que nunca pasaban de los primeros párrafos, y negando a toda diversión, a toda visita, a toda sugerencia contraproducente de su madre, tuvo que huir también de ésta, exasperado por sus caricias y recriminaciones. La tempestad —pensó— había pasado. Nada tenía él ya que hacer. Mariceli estaba definitivamente perdida. De la catástrofe, en tanto, él era el náufrago que más había perdido. Y el que luchaba con el mar de más tenebrosas dudas. Mariceli, a veces, era para su exacerbada sensibilidad como se la pintara el padre: «la más egoísta e ingrata de las criaturas». Y su propia madre, la madrecita llena de inoportuna temura, se le antojó también intolerable.

—Usted acusa a todo el mundo de egoísta —se atrevió a decirle—, pero le mortifica más que a nadie que los otros piensen un poco en sus propias cuitas y no constantemente en la de usted...

Volvió, por la tarde, a la Plaza Mayor.

En el grupo de jóvenes se comentaba, con animación extraordinaria y pocas precauciones, la gran noticia del día.

—¿No sabes? ¡Se fue a pique la goleta: la «Cándida»!

Debió dar la impresión de no entender. En realidad su depresión de ánimo entorpecía un tanto sus sentidos. Y sobre él cayeron a la vez todos los informadores. Más de uno acababa de oírlos y ya añadía algo de su cuenta a las noticias...

La goleta se había hundido, misteriosamente, la noche anterior, antes del arribo del bergantín de guerra «Belona», que había entrado a mediodía, para conducirla a La Habana. Del cargamento sólo se sabía de ocho o diez negros, que ganaron nadando la playa. Traía a bordo ciento cincuenta, doscientos, quinientos..., cada uno difería de los demás. El capitán y tres de sus hombres estaban presos: ni un solo hombre de la tripulación había perecido, aunque se notaba la desaparición de algunos. Estarían escondidos, seguramente. Como lo estaba también don Lorenzo de Pablos, a quien el comisario de policía buscaba afanosamente, con una orden de arresto.

Para enterarse bien de lo que a él le interesaba, sin embargo, tuvo que cortar en seco el torrente de inútiles comentarios, rebosantes de odio y de despecho. A nadie tanto como a él le dolía e indignaba al mismo tiempo la desalmada venganza. Pero él quería saber los resultados, los hechos. Los considerados y los fallos vendrían después...

Los más generosos —los que sentían con él su vergüenza y su dolor humano— interpretaron bien su impaciencia con los adjetivos extemporáneos. Y aun hicieron por atenuar las aristas de sus dardos. Don Lorenzo había sido siempre un hombre terrible y ciego en sus resoluciones. La traición de que había sido víctima lo había sacado de juicio, seguramente.

Siguió la discusión, ahora con más calor. Juan Antonio, incapaz de coordinar todavía sus pensamientos calló largo rato.

Pero la agresión no tardó. Vino recta hacia él, a pesar de su tortuosa expresión. Y la sintió en sus entrañas, antes de comprenderla.

Juan Antonio se fijó en el rostro de su gratuito adversario. Era una carita oscura, picada de viruelas, sebosa. No recordó haberla visto antes.

—Don Lorenzo de Pablos es un traidor, él mismo, tan canalla o más que el Limonta, que al fin y al cabo es peninsular. Para su crimen no hay atenuantes. Es el más cobarde y asesino de los honores. Ésa es mi opinión. Me alegraría que lo matasen como a un perro, aunque sé que no le pasará nada. Con cien vidas que tuviera no pagaría lo que ha hecho. Ésa es mi opinión. Y si fuera mi padre pensaría lo mismo. Siempre es cosa de alegrarse, sin embargo, el saber que uno no tiene en su sangre ni pizca de la de un asesino como él... Ahora, si acá el señor porque va a ser su hijo político piensa diferente... ¡ya eso es otra cosa! Yo no tengo por qué disimular mi opinión.

—¡Su opinión me importa un bledo, jovencito! —estalló Juan Antonio, acercándosele—. Puede usted decir lo que guste de don Lorenzo de Pablos, de su padre y hasta de su señora madre de usted, si eso también le place. Pero esa miserable insinuación que acaba usted de hacer es una mentira, en primer término, y un insulto, que no habré de tolerarle...

La intervención de los demás no desvió el brazo vengador. En la boca abierta, mientras ensayaba una respuesta, recibió el lenguaraz su castigo. Abrió los brazos, para reganar el equilibrio perdido, y cayó entre las piernas de los que acudieron en su auxilio.

Bastaron unos segundos de confusas protestas, recomendaciones de calma de los más prudentes y exclamaciones de los paseantes más

cercanos, testigos de la lucha, para que se formase alrededor del grupo de jóvenes un cerco de curiosos.

Juan Antonio, intensamente pálido, todavía sin darse cuenta cabal de su situación, se vio señalado por varios testigos ululantes y frenéticos. Él era el agresor, el delincuente. Su víctima, sentado por su grupo en un banco próximo, cubríase la boca con su pañuelo, manchado de sangre.

Buscó a sus amigos: los que creyó identificados con su causa. Se sentía más víctima que su adversario. Un segundo antes de su incoercible impulso punitivo, en su corazón sólo se agitaba un gran dolor, exento de agresividad. Su gratuito ofensor era un individuo casi desconocido para él. Lo había visto en el grupo, uno o dos días antes. No sabía quien era...

Pero aquellos jóvenes, de buenas familias trinitarias, tenían a un escándalo callejero más que a un duelo. La justicia era siempre un enredo, tanto para actores como para testigos, del que no se salía en bien sin dejar muchas onzas de oro en las ávidas manos de los señores encargados de impartirla. Y el tema, origen de la riña, era algo escalroso. Estaba ya abierto un proceso por las autoridades militares. Juan Antonio Luna era sorino del odioso acusado...

Sólo, entre una masa hostil de gente desconocida, y entre dos soldados, fue como un autómatas hasta la comandancia militar, y tuvo que esperar la llegada del oficial que habría de iniciar las primeras diligencias. Los soldados, dándose cuenta, por su traje, de su privilegiada posición social, brindáronle una silla.

De pronto vio venir hacia él a su adversario. Su actitud no tenía nada de altiva ahora. Expresó su deseo de cambiar unas palabras con su agresor, en privado. Los gendarmes se miraron entre sí y asintieron con una seña.

—¿Por qué va usted a decir que me pegó? —murmuró la boca ensangrentada junto a él.

Juan Antonio sintió una viva repugnancia hacia su interpelante. La oscura casaca parecía como colgada de sus hombros, prenda en posesión anterior de otro dueño más grueso. Los anchos pantalones blancos chorreábasele por las piernas. De su agresiva petulancia la voz no conservaba nada noble. Era como el silbido de una serpiente, llena de odio y, sin embargo, dulce.

—No lo sé todavía. ¿Por qué no decir la verdad?

—Nos comprometeríamos los dos, tontamente...

—Entonces... ¿qué quiere usted que diga?

—Pues que... que discutíamos sobre cuestiones de derecho. Yo soy estudiante, señor licenciado. Mi padre es el mayordomo de don Juan Bécoquer. Nosotros hemos jugado juntos en el ingenio: ¿no me recuerda? Diga que discutíamos de derecho... y que yo le dije ignorante... o cualquier cosa por el estilo. Y que nos cruzamos algunas palabras fuertes... hasta que usted me levantó la mano...

—Está bien. Así lo haré. No tengo inconveniente.

A la mañana siguiente, doña Elena estaba enterada de todo. Y conocía la verdadera causa del escándalo callejero, además.

Juan Antonio tuvo que soportar un interrogatorio más extenso que el del señor comisario, en la noche anterior. Las precauciones de su adversario habrían sido válidas para los expedientes de justicia, pero de nada habían servido ante la aguda percepción popular de los acontecimientos.

El hundimiento de la «Cándida» mantenía en pánico suspenso todas las conciencias. Doña Elena tuvo frases de cálida condenación para su cuñado. Sobre la familia había caído la reprobación general. Iban a ser señalados con el dedo por todo el mundo. Era preferible irse, huir de Trinidad.

¡Y él, Juan Antonio, aparecía para todo el mundo como defendiendo a su tío! Petra lo había oído en todos los labios. Y lo que se oía entre los esclavos, no era otra cosa que un eco de lo que se platicaba entre los aros.

Sobre la casa de la calle Real pesaba como una maldición. Tras del misterio indescifrable que unía los nombres de Mariceli y de Caniquí fugitivo en algo que nadie se atrevía a definir, la hecatombe de la «Cándida» venía a colmar la medida.

Y ella —doña Elena— no culpaba tanto a don Lorenzo como a su prima: a aquella orgullosa Celia que viniera de La Habana cerrada de negro, inconsolable, empeñada en vivir recluida en un aposento, sin llamar siquiera a sus esclavos —que entonces ella tenía muchos— para lo más necesario de su servicio y negándose a aceptar nada de ella, aunque le ofreciese trajes que sólo se había puesto una vez... Tan pronto como la huerfanita desamparada atrapó al marido rico, la Celia de siempre se había mostrado de cuerpo entero. Se había puesto a mal con todas las familias...

—Pero: ¿por qué dice usted eso de tía Celia, madre: si es usted la primera en repetir pesadeces de todas las familias de la villa? Vive

usted siempre como perseguida, en defensa perenne de imaginarias murmuraciones... ¡y usted es la primera en fomentarlas, con esa ar-
pía de su Petra!

Presas de una excitación inusitada, para hablarle a su hijo, doña Elena se defendió vertiendo toda clase de improperios sobre su prima, el «negrero asesino» de su marido y «esa hipócrita» de la hija, que bajo su aspecto de eterna novicia escondía tal vez un alma tan perversa como la de su padre.

—¡Me avergüenza que pienses todavía en esa mujer para traérmela al lado, como tu esposa! El pueblo entero la acusa, aunque la compadezca. Esa criatura no está bien del cerebro. Es voz de sus amigas más íntimas, de los médicos: ¡de todo el mundo! Ya ves que son inútiles todas las diligencias para que la admitan en un convento. Tiene el orgullo de la madre y las perversiones del padre, que fue un libertino, que tuvieron que mandarlo a España para poner coto a sus desmanes... y ya ves qué alma tan negra tiene...

Su más profunda convicción de niño y de hijo anate: que su madre era algo diferente de las demás mujeres; y hasta su concepto sentimental y generoso del alma femenina, bastante poco explorada por su análisis benévolo de joven relativamente rico y bien educado, sufrieron ese día una conmoción desgarradora, como una dolorosa distorsión que habría de perdurar para siempre en su alma.

Madre e hijo llegaron por fin a un acuerdo.

Dejarían la casa de Trinidad al cuidado de alguien. Pero ella se llevaría todo lo suyo, como para una larga temporada. Y a su criada Petra, de la que no podía prescindir, por el estado de su salud. Saldrían para La Habana, en el primer paquebote... Ella le escribiría una carta a su cuñado, respecto al cuidado de sus intereses que dejaba en su poder. Y mandarían la carta a la casa de la calle Real, con un recado para su prima. Ya sabría ella dónde se escondía su marido.

En La Habana se establecerían primero por su cuenta. Él con plena libertad, como si viviese solo. Después ella veía qué se había hecho de sus familiares, de las que ningún resentimiento las separaba. En La Habana, como en Trinidad y en el fin del mundo, ella se plegaba a todo, se conformaba a todo. Lo único que ella anhelaba era ver a su hijo feliz y contento y entre gente que lo apreciase en su valor, que lo ennobleciese y elevase, en vez de de ensombrecer su ánimo con menosprecios propios y ajenos...

Juan Antonio insertó una cláusula un tanto contradictoria: que una carta suya dirigida a Mariceli fuese también enviada con toda solemnidad a la casa maldita.

«Me alejo de ti —decía en alguno de sus párrafos la carta— convencido de que no te hago falta, de que no me necesitas ni me quieres para nada... Perdóname si enloquecido por mi ilusión de un cariño que no sentías, ofendí en alguna ocasión tus sentimientos religiosos con palabras de pasión humana: yo no soy más que un hombre. Y en aquel momento era un hombre enamorado... Ahora ya no sé lo que soy. En veintiséis días he envejecido espiritualmente veintiséis años. Tu decepción, como los malos, no vino sola. Me llevo el alma a rastras, maltrecha, con cicatrices para toda la vida...»

Seis días después, a la salida de la villa, en una radiosa mañana de mayo, Juan Antonio recordó algunos párrafos de su carta, todavía sin respuesta.

Había envejecido años, en realidad. Ni el sol espléndido, ni el bello panorama, ni la brisa susurrante y acariciadora, ni los trinos que se desgranaban entre los árboles copudos del borde del camino a Casilda, conmovieron una fibra de su ser.

Y a su lado, su pobre madre, empeñada en mostrarse no sólo resignada, sino alegre, acabó por estorbarle también. Le estorbó su santa madrecita, único y admirable cariño de su vida, que dejaba seguramente su tranquila casita de la villa y se lanzaba a la aventura de aquel viaje por él, por su falta de voluntad y de carácter para librarse del maleficio de aquel desdichado amor y huir, huir, como desde el principio debió él hacer, y por su cuenta. Una y otra vez se lo dijo a sí mismo, y siempre en vano.

Porque ella quería arrancarlo de sus pensamientos. Le hablaba de la pequeña embarcación que los llevaba hasta el paquebote, anclado frente a la boca de Guarabo; le hablaba de la travesía hasta La Habana, del temido mareo... ¡hasta de los piratas! En aquellos blancos arenales de la playa, según había oído ella afirmar muchas veces, dormían tesoros fabulosos, enterrados por los piratas...

Y ya él vivía contento con aquel vicio, aquella locura de rumiar su idea fija: «enemigo invisible» que lo separaba de *ella*, su novia imposible. Se iba en derrota, en vergonzosa fuga: como el propio Caniquí, inarticulado y pusilánime.

—¡Mira ese islote verde, Juan Antonio! Como un florón, sobre este manto del agua. ¡Mira cuántas corúas! ¡Qué claro se ve el fondo de arena! Y la villa, allá lejos, detrás de los manglares: ¡qué chiquita se ve! La torre del convento... ¿Oyes? ¡Quién sabe si las oigo por última vez, esas campanas!

—¡Madre, por favor!

—¡Perdóname, hijo, perdóname! Mira ahora las sierras, todas las sierras. No cabe duda que esto es muy hermoso. ¿No echaremos de menos esto allá en *tu* Habana...?

—Trinitario soy yo, madre. La habanera es usted.

—Pues ya lo ves: ¡se han trocado los papeles!

XI

Bajo el signo de Olokun

*O dia de ser livre, táo sonhado Lá,
no fundo de obscuro captiverio.
Amanhece por fin leve e dourado.
Enchendo e céu inteiro...*

VICENE DE CARBALHO. *Fugindo au captiveiro.*

—Los flechastres hendidos de la obencadura del mesana, a babor:
¡es la segunda vez que te lo digo, negro!

—Toa la mañana tube cosiendo la relinga de la gavia, cabo. Negro
no pué jasé dō cosa mimo tiempo...

—¿Qué relinga?

—La de la gavia de'mayó, po'lel lao del palo: la del grati, cabo.
Busé mimito lo mandó y ya no s'acuedda.

—No respondas...

—¿Boy quedá cayao entonces?

Ordárrca chico como otras veces, salió en su ayuda:

—¡Que eres bruto, Montañés!: ¿pues le entiendes cómo, si hablar
no le dejas?

—Tú: ¡a callarte!

—Y tú a dejar dormir, rediantre, que no es cosa de matar a la gente
por esta barcaza vieja. Los flechastres están tods hendidos, podri-
dos... ¡La peste! No va a darse Caniquí a reforzarlos, tods los que
están mal, de vida los años que así tengan...

El llamado Montañés, cabo de mar de la «San Fernando», optó
por callarse. Estaban en el sollabo: el vasco en su litera y Caniquí en
su coi, colgado entre dos baos. El cambio de guardia acababa de
darles su breve descanso de la tarde. Y los puños del de Ordárrca, si
nunca usados en meras canorras, merecían el respeto de todos. Pero
con Caniquí era otro cantar:

—Y, ¿ya acabaste la relinga?

—Busé no me dio la jassia que le pedí y tube que ponelle ahí uno etrdo. Po ettá fuette. Pol' otro lao, é de pujamen, é qu' ettá ahora to podrío...

Animado por la presencia del de Ondárroa, añadió:

—Bacco ta to podrío. ¡Pa lo tiburone!

Y lanzó una de sus carcajadas, de irresistible contagio para sus compañeros.

—¡A dejar dormir, recontra! —gritó otra voz.

El Montañés se sintió poco para tantos y decidió marcharse.

—Ustedes tendrán la culpa de que al condena negro tenga yo un día que romperle los belfos...

Su noción del tiempo, harto elemental en tierra, redujose para Caniquí en el mar al seguimiento maquinal de la campana de a bordo. Y más difícil que el mismo trabajo, por duro que fuera, le resultaba la guardia de noche, en su serviola, obligado a mantenerse inactivo y despierto.

En una nave como la «San Fernando», de cuarenta cañones, botada al agua en el arsenal de La Habana a fines del siglo anterior, y mantenida desde entonces con escasos recursos de reparación, como era de rigor en todos los servicios reales de la época, el trabajo no faltaba nunca. A diario se le apretaban las costuras, con la precaución siempre repetida de no meter demasiado estopa, ni usar del mazo con demasiada fuerza. Las cuadernas, de madera dura del país, podían garantizarle siglos a la nave. Con las anuras renovadas a tiempo, la «San Fernando» se mantendría a flote por tiempo indefinido. Pero no todo es flotar, en el decir de su antiguo capitán, ya descansando para siempre allá en su tierra vasca, don Pedro de Aizcorbe. El apostadero de La Habana era cada día más tacaño, más exigente. Y con todo el velamen yéndose por las relingas, la jarcia muerta en total abandono y muchos baos en mal estado, aunque las tracas reluciesen de limpias y el ojo profano sólo viese orden y limpieza a su alrededor, el esfuerzo de la marinería iba resultando cada día más desesperado e inútil. Había hecho bien acaso don Pedro en desaparecer antes que su nave.

La sañuda recomendación de doña Celia de Arriaga al sucesor de su padrino en el mando de la «San Fernando», cuando a principios del año, entre dos soldados, subiera el fugitivo prisionero a la vieja fragata, hubo de resultar innecesaria. Blancos y creyéndose libres,

para sus futuros compañeros la «San Fernando» no era otra cosa que un presidio flotante. Y un presidio tan duro como el que deseaba para su incorregible esclavo negro la cristianísima señora.

Por su docilidad y su buen humor, Filareto perdió pronto en el mar lo más saliente de su condición en tierra: el aislamiento. Su charla pintoresca, su deseo de aprender la jerga de a bordo, la rapidez con que se hiciera cargo de las órdenes: todo al principio contribuyó a su nivelación entre los hombres blancos de la tripulación, cuyo ínfimo rango en aquel pequeño mundo de la «San Fernando», no difería mucho de su servil condición en tierra.

Poco a poco, sin embargo, los trabajos más peligrosos, como los más humildes y repugnantes, en el sollado mismo, fueron como de tácito acuerdo encomendados al esclavo. Un grumete, el Sevilla, no se dio el trabajo de disimular su inquina, y pronto quiso ejercitar su derecho de blanco para castigar de obra al negro parejero. Caniquí se limitó a agarrarle el brazo, por la muñeca, atraerlo a sí con violencia, mirarlo fijamente en los ojos y rechazarlo después con toda la fuerza de sus músculos poderosos contra el suelo. Desde ese día tuvo en el Sevilla a un mal enemigo, si solapado y aparentemente cordial en su trato, porque el grumete no era un hombre temible, sino un tipo adiposo, lampiño, de edad indefinible, modales afeminados y hablar melifluo, cuyo trabajo principal a bordo consistía en el servicio personal de los oficiales de menor categoría. Hacía también de barbero y de flebotomiano, aplicando sangrías y administrando pócimas. y con sus libracos de chascarrillos y obscenidades, que se complacía en prestar a sus compañeros, provocaba entre éstos las más torpes bromas.

Incapaz de rencor, sin embargo, Caniquí fue admitiéndole poco a poco sus regaños y amenazas y acabó por aceptar, sonriendo, que realizara su capricho de pegarle. Sus primeros meses, sin experiencia alguna como hombre de mar, fueron para aliviar al Sevilla de sus menesteres más repulsivos, sin salir del sollado. Siempre aquella celda flotante era mejor que la de la cárcel de Trinidad, donde purgara con hambre y soledad infinitas su última fuga. Rosario, la abuela y la casa de la calle Real eran para él ya recuerdos lejanos, muy borrosos, que rara vez venían a su memoria.

Su buena disposición y su gran físico valiéronle al fin órdenes de emergencia. Primero al molinete, para llevar en ancla; otro día, con los demás marineros, para tesar un estay; otro a fijar nuevos tomadores en las vergas, para trincar las velas después de aferradas; más tarde

en las constantes doras de la obencadura, y al fin, habituado a trepar y mantenerse firme por la arboladura, uno más a su puesto para izar la mayor, o la gavia, o el junete, o aferrarlas con cabal sentido de la distancia, a la hora de repartir la relinga.

Aprendió rápidamente el laboreo de las jarcias, el nudo de ahorcaperos, el as de guía, el balzo de calafate, el balzo por seno o de gaza, la margarita, el ajuste de clavellina y el de enguillado... Y al oír que se bogaba con el viento a fil de roda, a bolina de babor o de estribor, a la cuadra o a un largo, ya sabía él lo que quería decir. Aun en la tesura o flaccidez de las velas deducía sin darse cuenta apenas que no habría de tardar la orden del castillo de popa, transmitida en lenguaje un tanto más difícil al cabo de mar, y el ajetreo siguiente por allá arriba, izando o aferrando tela.

Prefería su guardia en la cofa del trinquete, de día, a las nocturnas de las serviolas. La «San Fernando» navegaba a menudo a la vista de tierra—alguna franja lejana, a veces blanca, donde Caniquí presentía una playa—o de una azulosa y vaga visión de montañas, que para su primitiva mente era siempre la sierra de Trinidad, con el pico de Potrerillo desfigurado por las nubes...

La pesca de los pececillos voladores, por los guinchos, lo excitaba hasta proferir alaridos de entusiasmo, que le valían carcajadas o reprimendas de abajo. Seguía el vuelo quieto y seguro de los guinchos con el alma en ellos. Los envidiaba intensamente, sin decírselo a sí mismo. Y cuando veía saltar la bandada de los plateados peces sobre la superficie de las aguas, encendidas de reflejos deslumbradores del sol, impulsaba su cuerpo sobre sus pies, como si se sintiera uno de ellos, para acelerar el descenso vertical, rápido como el rayo, de los guinchos...

En los días tormentosos, Shangó paralizaba completamente su facultad de obedecer. Y el cabo de mar, insultándolo con sus peores dicterios, lo amenazaba en vano. Él se reía del calabozo, dentro de uno de los paños de proa, sin luz, lleno de ratas, con agua y galletas por todo alimento: ésa había sido su primera habitación al subir a la nave. Pero de Shangó no se reía nadie. Ni el peor mar de octubre, con viento huracanado y olas formidables que hacían danzar a la «San Fernando», como una barquita de papel, tuvo para Caniquí la aterradora grandeza de una tempestad estival en pleno mar del trópico: el duelo entre Shangó, su enemigo, y Olokún invencible. Olokún bendito, cuya imponente grandeza, mal calculada desde la costa, le inspiraba ahora un respeto profundo: un sentimiento nuevo de sí mismo ante la inmensidad de la naturaleza.

Como le sucediera ya en otros parajes donde anclaran —puertos de refugio o de aprovisionamiento, con diez o doce casuchas, como Río de Ay o Casilda— al llegar a un lugar como un lago, enorme, con una ciudad a la vista muchas veces más grande que Trinidad, y muchas torres de iglesias, cuyas campanas sonaban a fiesta, preguntó anhelosamente y se le informó que no saldría del barco.

Estaban en «la Bana», donde él recordó bien que vivían el niño Juan Antonio y la señorita Elena. Evocó a Petra, la escuálida china, y en su imaginación le pareció menos fea. La China le daría ahora dinero. Se compraría zapatos, calzones y un chaleco...

Pero no se le dejaría desembarcar. El Montañés se lo dijo, esta vez, casi con pena. La orden no era suya, sino de arriba, del castillo de popa. El propio comandante se lo había recomendado.

¿De «arriba»? Él no había tenido contacto alguno con aquellos estirados y lejanos individuos de la cubierta. Los había visto apenas de pasada, o desde la arboladura. ¿Por qué aquellos blancos, que ni noticia parecían tener de su existencia a bordo, le prohibían ahora, expresamente, lo que a todos concedían?

El Sevilla se plugo en repetírselo por centésima vez. Él no era un marinero, ni un hombre libre. Estaba en la «San Fernando» en calidad de preso, de esclavo incorregible, por ladrón y saltador de caminos. El capitán podía tirarlo al agua, con un hierro en las patas, sin tener que darle cuenta a nadie. Lo que querían sus amos, seguramente, era deshacerse de él. Ya podía darle gracias a Dios, o al Diablo, de estar vivo aún...

Ofuscado por su relativa paridad en miseria con el grumete, Caniquí protestó de su inocencia. Él no había matado, ni hecho mal a nadie. Huirse al monte era todo su delito. Y la última vez él no lo había querido. El Diablo lo había empujado.

El de Ondárroa trató de consolarlo a su modo:

—Si no tienes ochavo, ¿para qué bajar a tierra quieres, pues?

Terminada la maniobra, los de turno Libre bajaron a asearse. Una bandada de botes, lanchas y canoas rodeaba la nave. Caniquí perdió la noción de por dónde habían entrado. La bahía era como una laguna vastísima, donde había otros barcos, muchos...

De improviso se acercaron a él dos compañeros. Tenían órdenes de conducirlo al sollado y encadenarlo otra vez o meterlo en el calabozo. Lo había mandado el capitán en persona.

Obedeció maquinalmente, y bajó al sollado. Pero cuando los otros quisieron meterlo en el calabozo, fue necesario que ocho hombres

luchasen con él, hasta dejarlo con las manos y los pies fuertemente amarrados, dentro del pañol de labor.

Al día siguiente, el Montañés aminoró su tormento. Bastaba un cepo de pies. Y sus palabras consolaron un tanto su espíritu. El capitán respondía por él a su amo, don Lorenzo de Pablos. A su vuelta por Trinidad vería seguramente al amo y podría solicitar su perdón. Pero tenía que someterse y portarse bien.

—En cuanto nos hagamos a la mar de nuevo, te soltamos...

Y así fue, al cabo de largos días de soledad, de tinieblas, de hambre.

En más de una semana, otra vez mar afuera, no fue capaz de ejecutar ninguna orden, sangrando por sus llagas, embrutecido por la fiebre y la anemia de su ayuno.

El cambio que poco a poco se operó en su carácter acentuó su importancia a bordo. Considerado al principio como una cosa, como un animal raro, hecho para el trabajo, pocos se dignaron ocuparse de él, después de agotar las chanzas de rigor sobre el color de su piel, su estatura, su nombre, su torpe lenguaje y sus gritos de entusiasmo. Su locuacidad hacía contraste con el silencio de aquellos hombres, que ya se habían dicho cuanto tenían que decirse.

Después de dos o tres escalas, que significaron sendas encerradas para el esclavo, su pereza en el trabajo y su obstinado silencio preocuparon al Montañés. El de Ondárroa menor, otro grumete pa isano y enemigo del Sevilla y algunos marineros, que veían en el negro a un buen brazo más para el trabajo, comenzaron a protestar en voz baja. ¿Por qué había que meterlo en la barra a cada escala? El Sevilla repitió su malévolos opinión: a Caniquí se le tenía por peligroso; era ladrón, canorrista y hasta se decía que había atacado a una mujer blanca; sus amos lo habían hecho encerrar en la «San Fernando» para acabar con él; lo mejor que se podía hacer era echarlo un buen día por la borda, con un lingote a los pies. ¿Por qué no se le remachaba un buen grillete a una pata? Entonces se le podía dejar en libertad...

El Montañés se pronunció siempre enérgicamente en contra del grillete. Para eso, más valía echarlo al agua de una vez.

Al fondear en el puerto de Gibara, Caniquí no fue a la barra. Se le confinó en el sollado, con órdenes especiales a los marineros que quedaron arriba, en la guardia de la nave. Tan pronto terminara el aprovisionamiento, llevarían ancla otra vez.

Por uno de los escobenes, Caniquí pudo ver otra vez tierra. Allí, a algunas brazadas, se extendía una pequeña playa blanca, reluciente, como su arena inolvidable de María Aguilar. Y a lo lejos, las palmas, los bohíos, los puntos móviles de guajiros, arando...

Al día siguiente, después de levar anclas, un marinero echó de ver que le habían robado y acusó a Caniquí. Y, cuando el esclavo llevaba algunos latigazos en la espalda desnuda, sin confesar su fechoría, llegó una extraña orden de arriba. Era a Andrés, el de Irún, el acusador de Caniquí a quien había que meter en la barra... Su acusación contra el esclavo era un falso expediente para cuando el mayordomo le pidiera cuentas de unas compras a él encomendadas. Pero el mayordomo conocía sus hábitos. Caniquí, por toda reparación de la injusticia, recibió la atención terapéutica del Sevilla.

Sobrevinieron varios días de calma chicha. Y hubo que fondear de nuevo frente al puerto de Banes, por aprovisionamientos. Bajaron a tierra varios marineros. Desde su observatorio del escobén de estribor, Filmeno vio el bote llegando a tierra; en unos cuantos golpes de sus brazos sobre aquel verde cristal líquido, llegaría él junto al muellecito. Una garita de madera era todo lo que se veía. Detrás, el monte...

Esa tarde, cerca de la noche, uno de los marineros entró en el sollado borracho, tropezó con el coi del esclavo y le propinó en las sombras varios golpes, a bulto.

Caniquí despertó sobresaltado, e instintivamente, con toda su primitiva fiereza como libre de temores coercitivos por lo súbito del ataque, repelió la agresión.

La lucha fue breve y poco aparatosa. Cayó el borracho contra el piso y sobre él, Caniquí.

De pronto se oyó un grito ronc y el cuerpo del caído se sacudió furiosamente. Caniquí le había clavado los dientes en el cuello, por la yugular...

La única luz, de aceite, colgada de un travesaño al pie de la escala, iluminaba apenas el rincón en que se revolvían los dos cuerpos. De las literas surgieron dos o tres cabezas.

Pero Caniquí no era un hombre que peleaba con otro. Era una fiera acorralada por largos meses de golpes, de hambre. Un animal salvaje que llevaba mucho tiempo atrás un difuso rencor contra todos los honores que se movían a su alrededor, sin impulso suficiente para lanzarse sobre uno. Había visto esa tarde la tierra a una distancia de

la que ya casi había perdido memoria. Y se había dormido llorando sin saber por qué, mordiendo los bordes de su coi y con un deseo en astillas punzándole dentro, un deseo convulsivo de acabar de una vez. Con oraciones cristianas mal aprendidas pidió a Shangó que enviase su fuego destructor sobre la «San Fernando» y a Olokún que se le tragase.

Inclinados sobre los combatientes, los otros diéronse cuenta al fin:

—¡Caniquí! ¡Negro! ¡Suelta o te mato!

—¡Es Manuel Álava! ¡Lo ha degollado!

—¡Lárgalo!

—¡Pues le chupa la sangre! ¡Mirarlo!

—¡Lárgalo o te mato, negro!

Los cuatro cayeron sobre él, a tirones y golpes. El grito del de Álava era ya un tartajeo extraño.

De pronto irguióse una figura entre las sombras y pidió espacio:

—¡Apártense pues! ¡A un lado! ¡Dejarme!

Fue entendido y se le obedeció, mientras se afirmaba en un pie, las manos aferradas a una litera. Y con el otro, disparado a toda fuerza, asestó la pesada bota sobre la cabeza del negro.

Caniquí rodó a un lado. Los pies calzados siguieron moviéndose en una marcha inmóvil, encima de su cuerpo.

Los otros levantaron al herido, bañado de sudor y de sangre.

Para su suerte, los dientes de Caniquí dejaron escapar los cartílagos más nobles. El de Álava estaba en pie a los siete días. El no pudo levantarse, ni a golpes, en diez.

Pero su presencia a bordo fue desde entonces francamente molesta. El Sevilla se negó a curarlo de sus heridas. El Montañés reinstaló el uso frecuente de los azotes y después de Caniquí sufrió la misma afrenta otro marinero, al que hubo de meter también en barras. Los castigos establecían una igualdad irritante con el negro. El propio Montañés lo reconocía así... ¿Pero cómo castigar de otro modo al esclavo? Daba más cuidados con hierros y moribundo que sano y trabajando. Lo mejor era desembarcarlo: entregarlo a las autoridades del primer puerto donde fondearan.

Ordánra el menor ya no salía abiertamente a su defensa, como al principio. Pero murmuraba, con la aprobación de todos, que la «San Fernando» no era presidio de esclavos, ni decente para hombres como ellos la cobardía de torturar entre todos a un desgraciado, hasta acabar con él, sólo porque sus atos no se atrevían a hacerlo por su cuenta.

El hermano mayor, hombre ya duro y buen marinero, a quienes todos respetaban, no mandó esta vez callar a su hermano. Sólo se le vio enarcar las cejas y ladear la cabeza, mientras encendía su pipa con el yesquero.

Los días de navegación entre Baracoa y Guantánamo fueron para Caniquí una dieta ininterrumpida de castigos, zurriagazos, puntapiés y bofetadas. El de Irún, libre del cepo, descargó en él su despecho; Manuel, todavía con su cuello vendado, se vengó con implacable saña de su inerme enemigo, hasta provocar el disgusto de los otros. El Montañés amenazaba en vano: el capítulo de castigo estaba agotado y la disciplina relajábase insensiblemente.

Un día se dio al negro por muerto...

Pero volvió pronto en sí. El joven grumete sevillano le trajo a escondidas de los suyos buenos alimentos y una botella de agua. La que le daban sus carceleros era del fondo de una barrica, salobre y llena de gusanos. Las sobras del rancho hedían a cosa podrida.

Al día siguiente de fondear la «San Fernando», Caniquí recibió orden perentoria de levantarse y subir a cubierta. La vista del sol, del cielo azul y de la tierra cercana, cuajada de palmas le devolvió de repente su lucidez. Y una idea fija tonificó milagrosamente su pobre cuerpo maltratado: la fuga.

Tras de una larga espera, en diligencias que su obsesión le impidió tratar siquiera de entender, se le permitió echarse sobre cubierta. A la hora del rancho se le trajeron galletas frescas y buena agua. A su redor renacía el buen humor de otros tiempos. Le soltaron las manos para comer.

A media tarde subió a bordo un individuo, portando una cartera con papeles bajo el brazo. Lo acompañaban dos soldados.

Algunos marineros despidiéronse de él:

—¡Buena suerte, Caniquí!

Su largo mutismo lo había privado casi del impulso de hablar. Frente a Ondárroa el menor, por toda respuesta, ensayó su sonrisa.

Bajó del castillo de popa el hombre de la cartera y dio sus órdenes a los soldados.

—A la escala. Votos a tierra con el prisionero...

Había terminado la maniobra, a esa hora de la tarde. Aferrado las velas y la cubierta sin un hombre, la «San Fernando» parecía una nave abandonada.

Con extrema torpeza se hizo de los primeros travesaños de la escala un soldado. Detrás recibió Caniquí orden de seguirlo. Y sobre él se agarró a la escala el segundo custodio.

De súbito, el prisionero, agarrándose con firmeza a la escala de sogas y tablas, dio un violento talonazo, con su pie desnudo, contra el rostro del soldado que descendía debajo de él, y se lanzó de un salto al agua.

El agredido perdió el equilibrio y cayó casi al mismo tiempo, perpendicularmente. El otro, ajeno al origen del hecho imprevisto, sólo vio a su compañero sumergirse. Y pidió auxilio.

Caniquí, en tanto, no perdía el tiempo. Había visto que del otro lado de la escala quedábale más cerca la tierra: unos manglares. Y nadó vigorosamente hacia la proa, muy junto al casco de la nave, sacando de cuando en cuando la cabeza para coger aire...

La reacción a las voces del soldado superviviente fue en extremo lenta. Entre el hombre que esperaba allá abajo, en el bote, y el segundo soldado —a punto de seguir al primero en su caída, con la sacudida de la escala—, la idea de urgencia convergió en salvar al compañero, que agobiado por el peso del arma y de su ropa se había hundido rápidamente, dejando como única huella de sí unas burbujas. El hombre de la barca se desnudó sin tardanza y se lanzó al agua. El soldado, con precaria estabilidad sobre la escala y enredándose constantemente en las correas de su arma, limitábase a señalarle al otro por dónde veía aún ascender las burbujas:

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

El hombre del bote se sumergió varias veces, en vano.

Arriba, atraídos por el hombrecito de la cartera, que todavía no acertaba a darse cuenta de lo sucedido, asomáronse algunos marineros.

Alguien preguntó por el negro...

Se buscaba a uno de ellos, sin embargo: a un blanco, peninsular. El superviviente dijo cuanto sabía de él. Era un chico de Oviedo, que llevaba poco tiempo en Cuba y padecía fiebres. Seguramente no sabía nadar. Y con tanto peso encima...

Otros hombres, en tanto, se lanzaron al agua. Al de la barca, falto de fuerza y medio asfijado, fue necesario izarlo, con un cabo. Otro marinero nadó tras el bote, que al gárete alejábale ya de la nave, hacia la popa. Y sus esfuerzos por subirse al bote atrajeron por un tiempo la atención de todos. Echagüe, el de Bilbao, estaba en tierra: su fama de buceador salió repetidamente a los labios de sus camaradas.

Pero a falta del de Bilbao, el mayor de los hermanos Lazaga: José, que los ganaba a todos en velocidad, y resistencia, estaba ya en el agua. Su primera zambullida, cabeza abajo desde la borda, había causado una ansiedad terrible entre sus compañeros. Después de los primeros quince, cada segundo les pareció un minuto...

Y así, una y otra vez sacudidos por diversas emociones, ora de angustia, ora de triunfo, cuando la atención general volvió a pasar de las proezas de los nadadores a la causa inicial del imprevisto espectáculo, la esperanza de arrancarle al agua su presa con vida se desvaneció rápidamente.

El impulso colectivo del grupo humano, como siempre, no se detuvo a tiempo. Siguiéronse echando al agua veinte y aun treinta minutos después del accidente. Y hasta algunos de ellos estuvieron a punto de perder su vida por el rescate de un cadáver que a nadie importaba.

Pero el torneo heroico perdió al cabo interés.

La «San Fernando» hallábase fondeada proa a tierra, con la banda de labor al oriente, por donde se descolgara la escala, y la de estribor al poniente. Eran las cinco, pasadas, de la tarde. Un sol de fuego prendía sobre la superficie en calma de las aguas el resplandor de una explosión. Del lado de estribor el horizonte se perdía detrás de aquella isla deslumbradora, donde el sol parecía deshacerse en una lluvia de luminosas partículas.

Desde el alcázar de proa los ojos distraídos de un hombre —los del Sevilla— columbraron un punto oscuro, como un extraño cometa que, al que seguía una ligera estela, sobre la superficie de las ondas.

Él no había dejado de pensar en Caniquí. Todavía sin ninguna idea formada, sin embargo, con los ojos entrecerrados y ambas manos a guisa de visera, sobre las cejas, el Sevilla se sintió atraído por la pequeña mancha opaca, ya muy cerca de la riela cegadora del sol.

La noción de lo que veía le apareció dentro del cerebro con el mismo misterio y la velocidad inconcebible de aquellos reflejos luminosos sobre el agua.

—¡Es él!

El impulso de rectificar su visión, imprimiendo una vibración inusitada en su linfático organismo, lo retuvo sin habla por algunos minutos, mientras trataba de reducir la pupila rebelde a que le diese entrada a aquel puntito, sólo a aquel punto negro, que lentamente se acercaba al cráter luminoso, siempre con su ligera estela detrás, en la que el sol quebraba ya minúsculos reflejos.

Sus sensaciones ordenáronse al fin, y gritó:

—¡Es un hombre! ¡Es Caniquí! Huye nadando hacia aquellos manglares. ¡Mírenlo! En la mancha del sol...

La lenta reacción de alarma le agolpó la sangre al rostro. La tripulación, entretenida todavía en la baranda de babor, acudió con desesperante lentitud y el espíritu en derrota, tras de la inútil búsqueda. Nadie pensaba en Caniquí, además.

El hombrecito de la cartera, sin decir palabra, asestaba en cano sus ojos de cegato sobre la isla de fúlgidos cristales. Al cabo corrió en busca del oficial de guardia, con quien acababa de formalizar la entrega del preso.

Se hizo algo, al fin. Se dio orden de arriar al otro bote.

—¡Es él! —gritó una voz joven—. ¡Allí!

El oficial de guardia y el hombre de la cartera tuvieron una breve consulta.

—¡Háganle fuego! —ordenó el oficial—. Pero sólo aquellos que están seguros de verlo. ¡Quietos! Cabo: las armas...

Genelos y catalejos confirmaron plenamente la visión, mientras el Montañés y un grunete iban en busca de las armas.

El prófugo nadaba sin braceo exterior, apenas con la cabeza de fuerza, y desaparecía de cuando en cuando, para aparecer siempre más cerca de la orilla, que en esa dirección avanzaba como en una punta hacia el sur, formando un pequeño seno.

Pero los tiradores, a simple vista, sólo tenían delante una cortina cegadora de luz...

Sonó un tiro.

Y detrás del primero, todos creyeron ver algo: ni uno solo dejó de descargar su arma.

XII

Regalo de reyes

¿Qué es fe? Fe es certidumbre muy firme de la cosa non vista.

Crónica del conde don Pero Niño

El «día de reyes» —6 de enero del año 33—, las negradas de todos los ingenios del valle de San Luis y de la villa tuvieron su gran fiesta tradicional.

La férrea identidad colectiva impuesta con su aviesa cristianización por los blancos, quebróse una vez más en los diversos orígenes y categorías sociales del África lejana. Cada cual se sintió algo más que negro y esclavo. El congo, el mandinga, el carabalí, recordaron o descubrieron precarias diferencias con que alimentar su anhelo elemental humano de individuación. El adorno en busca de una línea fantástica en el mísero cuerpo propio, los colores vibrantes y el ruido ritmado —el ruido, más fácil y más impresionante que el color y la línea—, llenaron las calles de la villa. Cada grupo o cabildo se ostentó en superar al otro en gritos, contorsiones, repique de atabales y tambores, violencia de ritmos...

Con socarrona complacencia senil, las iglesias cristianas abrieron sus puertas y echaron a vuelo sus campanas. Los amos, seguros de su fuerza, admitían en sus patios palaciales a los cabildos de antaño juzgados seguros, y repartían monedas de oro, y plata entre los buflangueros invasores.

Los blancos se divertían también. Para ello las mejores familias dejaban sus fincas y se concentraban en la ciudad. Se ofrecían los bordados y laboriosos trabajos que entretuvieran los ocios de las aburridas damiselas por largos meses, a sus parientes y amistades. Los muchachos, con la segura esperanza de juguetes nuevos, se

despertaban bien temprano. Las jóvenes estrenaban dos veces: los trajes de día, para las misas de la mañana. Y los de seda, para los saraos de la noche.

En los bailes públicos, durante todo el día, blancos despreocupados no tenían inconveniente en mostrarse del brazo de sus queridas, mulatas libres y libertas de dudosa conducta, vistosamente ataviadas. Se bailaba furiosamente la cachucha, la contradanza y la galó. Con el alcohol se atrevían a los más descocados: la caringa y la chindonga, en las que los viejos negros africanos ensayaban en éxtasis sus viejas contorsiones ancestrales.

Por la noche, en los saraos de la gente grande, comenzábase siempre con los rigodones, y no faltaban tampoco los ancianos alegres que ensayasen sus criollísimo zapateo, con décimas y regalos de onzas de oro para las avisgadas compañeras.

Las autoridades, de riguroso uniforme, paseaban todo el día por la ciudad sus sables y espadas, sus galones y entorchados. Los soldados recibían mejor rancho y quedaban en libertad todo el día. Las cárceles, repletas de visitantes, eran honradas por comitivas oficiales y de señoras caritativas, que se aseguraban del relativo bienestar de los infelices presos.

Para los esclavos las fiestas terminaron a las seis de la tarde, como de costumbre. Ya a esa hora se sabía entre ellos de los inevitables hechos de sangre...

—Domingo Mandinga mató a Juan Echerri...

—¡Mataron a Eulalio Rufo! La Chonga está presa.

—¡¡Mataron a Juan Chiquito!!

Los afortunados testigos, que vieron relucir los puñales para enterrarse enseguida sobre un torso o un vientre, que vieron los borbotones de sangre y los estertores de los moribundos, y oyeron los gritos de las hembras, convirtiéronse en solicitados narradores entre sus grupos lejanos, que nada habían visto y comenzaban con el cansancio de la tarde a sentir la decepción y la fatiga de las grandes fiestas populares.

La emoción suprema del día, sin embargo, estaba reservada a otros noticieros, portadores de la más sensacional afirmación, que una y cien veces los viejos negaron, prevenidos contra tales patrañas de la gente joven.

Pero Tomasa, la de los Muñoz, y Andrea la China y Pedro Pica-pica lo habían visto. Lo habían visto «con sus ojos que se van a comer la tierra». Lo habían visto y lo juraban enfurecidos contra los

incrédulos. Pedro Pica-pica era muy hombre y no creía en fantasmas. Andrea, amiga de Petra, la criada de la niña Elena, lo conocía demasiado bien para engañarse. A Tomasa le sobraban razones para no confundirlo con otro...

La discusión atraía a los rezagados. ¿Era verdad que habían matado a Eulalio Rufo, que Mongó Borrell estaba preso?

Alguien oía la discrepante respuesta y no sabían bien de quien se trataba: era algún recién llegado a la villa, hasta poco antes en la dotación de un ingenio.

Sobre el ignorante caían entonces los informes de diez voces, hablando al mismo tiempo: se trataba de un negro malo, un pardo achinado, ladino, cimarrón empedernido, borracho y mujeriego como él solo, que había estado en la cárcel...

Y luego, el más cercano se le echaba encima y metiéndole la boca en el oído, añadía unas palabras misteriosas.

Todos miraban alrededor, para cerciorarse que no había delatores. Aquel secreto podía costar muy caro a un negro. La que lo sabía estaba en un hoyo, enterrada en la tierra. Le habían dado un tósigo, para volverla loca. Y otra que fuera sorprendida contándolo a una amiga, había desaparecido. Se decía que estaba en La Habana, pero Andrea, su íntima, aseguraba que la habían «espichado». Hasta los blancos que sabían aquello estaban en peligro. El día que el amo lo supiese iba a acabar con Trinidad...

El iniciado permanecía mudo. Con los ojos muy abiertos y por medio de señas, expresaba su temeroso acatamiento. En aquel instante se juraba a sí mismo guardar la consigna. Pero a los diez minutos, en la misma forma aterradora y misteriosa, comenzaba a transmitirlo por su cuenta. Y aun añadía algo de su imaginación, sobre aquel audaz aparecido que todos daban por muerto y volvía a Trinidad como un fantasma, a hacer la desgracia de otros...

La voz se hizo luz. Luz maléfica, de noche en las tumbas, que en la oscuridad de los hediondos barracones y cuartuchos inmundos de los míseros negros, excitados por las peripecias del día —su gran día de reyes— verdeó en sus cerebros con resplandores del infierno.

Antes de llegar a los oídos de doña Celia de Arriaga, por boca imprudente de una dama muy poco su amiga, en la charla de un domingo, a la salida de la misa, la noticia circuló eficazmente por toda la villa.

Algunas señoras, asustadas desistieron de salir a sus fincas o ingenios del valle. El temido fantasma había sido visto en el ingenio Santa Rosa. El alcalde, don Pedro Gabriel Sánchez, de acuerdo con el jefe del batallón de Tarragona, prometía la captura del bandido antes de la luna nueva. Estaban haciendo unas noches espléndidas y sus hombres vigilaban con toda ventaja, porque era de noche cuando el criminal salía de su escondrijo para robar gallinas por los alrededores de la villa.

Para el señor alcalde, en tanto, su preocupación mayor no era el esclavo prófugo, de quien al cabo él no podía creer las leyendas populares, porque harto bien lo conocía, sino las primeras noticias que tuviera del cólera en La Habana. Contra el primer médico que demostrara su valor cívico al denunciar la plaga, el populacho de la capital, excitado por mercaderes peninsulares sin conciencia, que tenían el establecimiento de la cuarentena, se había lanzado a la calle en tumultuosa manifestación. El doctor Manuel Piedra —que así se llamaba el buen galeno— había sido herido. Y el gobierno trataba de quitarle importancia al asunto, bajo la presión de aquellos intereses. Don Juan Antonio Saco, profesor del seminario y buen patriota, se había atrevido a denunciar públicamente la criminal conspiración de aquellos inconscientes contra la vida de la población.

Don Lorenzo de Pablos recibió también sus noticias directas. Pero las suyas, de inequívoca ortodoxia gubernamental, diferían de las de don Pedro. Lo que había en La Habana era más miedo que otra cosa. El cólera estaba en Nueva Orleans, pero los barcos que llegaban de aquel puerto se limpiaban eficazmente con cloro antes de tocar tierra en La Habana. El gobierno estaba en su puesto, y los denunciadores eran los enemigos de siempre, los revoltosos e inconformes, como aquel señor Saco, del Camagüey.

Don Lorenzo no disimulaba su inquietud, sin embargo.

Cuando su mujer, temblorosa del enojo, le preguntó si sabía que Caniquí estaba otra vez en Trinidad, se contagió del agresivo tono de ella y contestó con un desplante.

Desde luego que lo sabía. Lo esperaba, por lo menos. El oficio de la famosa comisión creada por Vives, para entender de aquellos asuntos de esclavos, lo había dejado en duda. El parte original, trasladado una y otra vez de autoridad en autoridad y de oficina en oficina, hasta demorar tres meses en llegar a sus manos, decía que contra el esclavo en fuga se había hecho nutrido fuego. Ni una palabra de haber rescatado su cadáver: de haber comprobado en alguna forma su muerte.

Pero, ¿qué importancia tenía la vuelta del esclavo, en aquellos momentos? Caniquí era un infeliz que robaba gallinas. Casi se alegraba de no haberlo perdido. Con meterlo en el ingenio y aplicarle un buen

novenario, estaba todo listo. En todo caso, se le cargaría con un grillete, aunque él rechazaba siempre ese recurso.

—Al pobre don Pedro Gabriel Sánchez lo embaucan lo mismo sus amigos de La Habana que las viejas chismosas de la villa. Pues, ¿no ha organizado una batida contra el desgraciado negro, como si se tratase de un bandido peligroso? Ya le echaré yo mano cuando me venga en ganas...

Doña Celia ensayó en vano una réplica.

—Te he dicho mil veces —concluyó él— que en estos asuntos no te metas. He hecho siempre, hago y haré de mis esclavos lo que me dé la gana, lo que considere útil y conveniente a mis intereses. Y del capitán general abajo ya sabes como sale el que se entromete en lo que considero mis deberes y derechos. Conque: ¡a lo suyo, y dejarme en paz!

Plantaba con estas palabras finales en mitad de la saleta, ya en presencia de Mariceli y de Rosario —que ajenas al origen de la escena acudieron tímidamente a su auxilio—, doña Celia estalló en un barboteo iracundo de palabras ininteligibles.

—¡Lágrimas de sangre va a costarte tu ceguera, infame! —la oyeron proferir en actitud inusitada, de franca rebelión—. ¡Ojalá me quite Dios de en medio antes de verlo... pero ha de ser en ese orgullo, en esa infernal soberbia tuya en lo que más padecerás!

Rechazó las atenciones de su hija y se encerró en su aposento.

Mariceli tuvo buen cuidado de no insistir. Hacía mucho tiempo que entre ella y su madre desapareciera toda confianza. Fiscal demasiado torpe para sacar de su hija una imposible confesión explícita, al alcance de su ofuscado entendimiento, las dudas atroces sobre su hija persistían en el fondo de su cerebro, apenas adormecida por el tiempo y la demora de la temida catástrofe en ocurrir. Mariceli, por su parte, había sufrido demasiado en las manos del fiscal implacable para dolerse también con el dolor de su verdugo. Madre e hija sentíanse como en una isla, o en una torre, condenadas a perpetuo aislamiento: ¡y no a entenderse nunca!

Para Rosario y Mariceli, por lo demás, la noticia que llevara a doña Celia a su desesperación no podía haberlas siquiera sorprendido. En el segundo patio se supo desde poco después de reyes. Primero, como fantasía de algún alucinado. Pero después ciertamente...

Caniquí en cuerpo y alma –si los esclavos la tenían–, con una haz de yerba en la cabeza, flaco y harapiento, había estado en el patio grande de la casa de la calle Real, a pleno día: a las dos de la tarde. Rosario lo había visto, horrorizada. Era como un espectro del otro Filomeno.

Mariceli lo supo aquella misma tarde.

Y hubo cierta analogía entre las emociones de la esclava y su ama. Ambas se regocijaron de saber al inocente vivo. Pero ambas presintieron que para nada bueno volvía a la vida aquel espectro.

Rosario tuvo poco que disimular, sin embargo. Sus sentimientos eran elementales y transparentes: la pena, el miedo por Filomeno, que no por sí misma. Más oraciones... y un poco más de cuidado que de ordinario. Por ella no lo sabía ma Irene, que seguramente era el deseo de la señorita que lo ignorase. Filomeno había preguntado con harta insistencia por la abuela, empeñado en que se la tenía enterrada en un hoyo, con sólo la cabeza de fuera. Fue imposible convencerlo de que ma Irene, desde el día que él saliera de la cárcel para la «San Fernando», estaba en el último cuarto de los aros, junto a la capilla nueva. Se había puesto ese día muy majadera con la niña Mariceli, diciéndole «mosquita muerta» y otras cosas muy feas, hasta que la señorita dispuso que se la encerrase en aquel aposento, para atenderla mejor. Pero ya parecía curada. Por las mañanas salía al patio pequeño a tomar sol... Filomeno quiso pasar el portalón de hierro –así venía de atrevido– y la misma Rosario hubo de impedirselo. Cuando le dijeron que a cada rato la abuela lo llamaba por su nombre y platicaba con él como si lo tuviera delante, el réprobo se echó a reír de un modo extraño, para acabar llorando. Después había recogido su haz de yerba y desaparecido sin decir palabra.

En Mariceli la impresión fue más honda.

Desde la abismal mañana que despertara con su madre al pie de la cama y rechazando todavía, con la mente en los límites de la locura, el espectro del poseedor de *su* secreto, el tiempo había sido para ella como un lento y larvo viaje en espiral interminable alrededor de aquella noche. En vez de las torturas corporales que arhelara redentoras para su alma, fue en ésta que padeció el tormento de un interrogatorio impetuoso, colérico, incoherente, por parte de su madre: constante casi en los primeros días, inerte y sola en las manos de su fiscal, el aposento a oscuras, la casa en silencio, confusos días y noches y realidad y pesadilla dentro de su cerebro en fiebre; y desconcertante siempre, si después de la crisis suave y persuasivo a veces, y hasta suplicante y dolorido, invertido los papeles: la inquisidora deshecha

en llanto, pidiendo la muerte ante la imagen de Nuestra Señora del Carmen, y la acusada consolando.

¿Su confesión? Salvo lo que ella no podía explicarse a sí misma, la había dado y repetido infinitas veces. El padre Remigio, a vuelta de una larga peroración que ella había entendido sólo en partes, de su plan de ejercicios espirituales y de otras penitencias, le había otorgado su absolución: después le había leído una carta que enviaba a la madre superiora del convento de Santa Teresa, en La Habana.

Con la seguridad de iniciarse pronto como novicia y hallar la paz apetecida lejos de aquellos lugares, cosas y seres adheridos a su alma como una costra, como un grillete, Mariceli se creyó por mucho tiempo exonerada de culpas. El recuerdo del esclavo fugitivo, preso y confinado en la «San Fernando» sucesivamente, fue perdiendo sus aristas de remordimiento. Filomeno era inocente, pero sólo de un delito. Era el único poseedor de su secreto... pero estaba muy lejos: no volvería a verlo en su vida, seguramente. Lo que seguía pesando en su conciencia, donde a cada rato renacía, como tenaz yerba silvestre, entre piadosos ejercicios, era el misterio de aquel delirio, de aquella locura suya de una noche, para confesar lo cual a su madre o a su director espiritual le faltaban palabras. De Juan Antonio no tuvo noticias hasta mucho después, que Rosario le informara muy secretamente. ¿Por qué?

No todas las razones, ni los tormentos de su madre se le escapaban. Pero ella sentía, con segura intuición, que su madre no estaba de su parte, como acaso lo hubiera estado Juan Antonio...

Lo que su madre defendía implacable para ella, era lo que escapaba a sus alcances. De su padre había sabido vagamente, por Rosario, que la Reina lo había perdonado de una causa criminal que se le seguía, por el hundimiento de un barco, con muchos esclavos dentro. Después, casualmente, esclareció sus noticias: en octubre del año anterior Su Majestad había promulgado una amnistía general por delitos políticos. El general Vives se había portado generosamente con su padre: no acertó ella a comprender cómo ni por qué. Lo cierto era que su madre seguía más atenta y amorosamente preocupada de su padre que nunca. El amo seguía siendo como un dios y todo en la casa era poco para halagarlo. El 21 de octubre —día de su santo—, su padre la había abrazado y besado. Hacía tal vez un año que no le hablaba directamente...

No. Su madre no estaba de su parte. De ella nacía la resistencia misteriosa —que no del amo, ni del padre Remigio— a su deseo de abrazar la vida dulce y apacible del convento.

Tuvo la primera sospecha al salir para el ingenio, en las últimas pascuas de Navidad. Al lado del amo, en la calesa grande, la vio Mariceli transformarse: su padre estaba de buenas esa mañana y había hecho un comentario tan favorable para el atavío y la arrogancia juvenil de la madre, como despectivo para ella. Por Chanzonetas, camino del valle, se había acercado a saludarlas un jinete: el Benjamín de los Pinares.

— Yo no sé cómo no te da vergüenza —le había oído decir a su madre— exhibirte en esa fada...

Y volviéndose después hacia el esposo, había dejado bien al descubierto su pensamiento, con unas palabras de elogio para Agustinito Pinares. El amo, como si no esperase otra cosa, añadió un abundante encomio para el joven.

Las evasivas del padre Remigio, a la vuelta del ingenio, convirtieron la sospecha en convicción: su madre era el obstáculo con que se tropezaba para el ingreso en el convento. Su madre no desistía del propósito de casarla, de darle al amo aquellos «machos» que un día lo oyeran reclamar con estreñecido énfasis...

Después de largo viaje en ascendente espira, siempre alrededor del mismo punto oscuro, en el fondo de su conciencia: después de dos años de aquel jueves santo en que se anegaban y quebraban, como dentro de una piscina, todos sus recuerdos, Mariceli se comprobó en la misma situación de antaño: la salvación de su alma dependía de su resolución y de su voluntad, dependía de sí misma. La última y más humilde de las criaturas, Dios se había dignado, sin embargo, someterla a aquella dura prueba, reservada a tan poquísimos pecadores. Tenía que morir en santidad, antes que entregarse a las monstruosas pasiones de sus padres.

El flagelo descansaba, intacto, en su escondite. Comprobó así que su madre no había podido dar con él. Para ella —según Mariceli colegía—, Caniquí le había aplicado la penitencia... El pensamiento la horrorizaba siempre. Y con el esclavo su madre había dado por desaparecido el instrumento de castigo.

Pero con la satisfacción de aquella curiosidad, tanto tiempo reprimida, Mariceli se sintió presa de una emoción hartamente conocida para no ponerse en guardia contra ella, inmediatamente.

Escondió otra vez las disciplinas y salió de la capilla.

De acuerdo con el sabio padre Remigio, se había encargado de la renovación de los altares del convento. Las imágenes exigían un complicado vestuario, que se repasaba constantemente. Puntas de oro, para guarniciones; gasa de plata para las capas, rasete para las sayas;

raros de plata y oro y galones para el altar; platilla para entretelas, brisquilla para los escapularios, holán legítimo de París para las enaguítas y camisas de la virgen, lanas de plata fina, o de oro...

La vuelta de Caniquí hubo de sorprenderla así, en pleno retroceso. El espectro venía a recordarle sus promesas incumplidas. Detrás de la puerta clausurada de su capilla, la voz de ma Irene se lo anunció muchas veces:

—Caniquí, por l'Ánima Sola: tú ta'monde qu'encorde. ¿Qué tú jasé? Benacá, negro benacá. L'agüele te fiana... ¡La cuppa e lo blanco lo paga lo negro! Benacá m'hiijo: dime la veddá... La culppa e lo blanco lo paga lo negro...

Para los otros Filoreno sería el mismo en carne y huesos. Pero Rosario tenía razón: era más un espectro. Era como un alma en pena que purgaba por ella sus pecados.

Volvieron en la casa de la calle Real los días de largos silencios, de mutuos recelos y de disputas repentinas, por cualquier pretexto. Perdieron el favor del amo los viejos criados y vinieron otros del ingenio. Hasta Rosario disgustó a la señorita, con un recado a tuestas, y obtuvo su perdón difícilmente. Doña Celia dejó de ir a la misa de doce los domingos, como a las fiestas de san Sebastián y de Nuestra Señora de la Paz. No quería ver a nadie.

Don Lorenzo, empero, abrigaba temores muy diferentes a los de su mujer. Mientras ella no pensaba en otra cosa, sorda para las terribles noticias de la plaga que don Lorenzo leía a veces en voz alta, de cartas y periódicos, él no había vuelto a pensar en Caniquí.

A despecho de su agresivo optimismo verbal, cuando alguien le hablaba del pánico que iba curdiendo en la villa, el hacendado no dejaba un instante de pensar en la inminencia del peligro.

En marzo el cabildo de Trinidad hizo públicos sus primeros acuerdos precautorios. Comenzaron a construirse unos barracones, lejos de la ciudad, para alojar a los atacados. Se habilitaría un camposanto especial, por vuelta de la Boca. Se hicieron nombramientos de médicos para los hospitales y para las visitas, que entraron enseguida a devengar sus dietas. En las entradas de la ciudad se establecieron oficinas de cuarentena.

Una tarde, en medio de sus graves preocupaciones, el alcalde recibió la visita del padre Remigio. Contra lo que esperaba el celoso regidor, su visitante no venía a hablarle de asunto alguno, relacionado con la peste...

Una señora, que deseaba ocultar su nombre, se proponía librar a la villa de otra amenaza que el cólera, pero que intranquilizaba también, de modo notorio, la población. Y a ese fin aportaba una crecida suma al cabildo, para que se pusiera precio a la cabeza del bandido Caniquí.

Don Pedro Gabriel Sánchez tuvo que acceder a la demanda. Recogió los papeles —en uno de ellos los dueños del esclavo renunciaban todos sus derechos sobre el prófugo— y el dinero. A los pocos días apareció el bando.

La búsqueda del esclavo no dio otro resultado que aumentar la alarma.

Los testimonios comenzaron a ser contradictorios. El mismo día y a la misma hora que unos soldados registraban la cueva de La Cantoja, donde acababa de ser visto el bandido, un comisario de policía disparaba contra él, en los manglares de Casilda. Entre los esclavos la ubicuidad de Caniquí era cosa probada. Recibían ellos de sus amos la inquietud medrosa, ante la amenaza de la peste, y en su sensibilidad pueril, abonada para toda alarma, el pánico de todos cobraba intensidad. Caniquí se aparecía con figura humana a la luz del sol. Tan pronto hablaban con él en la Popa como recibían recado de sus labios, por vuelta de la Barranca, para don Pedro Sánchez. El perseguido no se explicaba la saña del alcalde en contra suya. Y de todos los mensajeros no podía dudar el señor don Pedro, que algunos eran hombres de toda su confianza...

Por la noche, según los más crédulos e ignorantes, Caniquí surgía con transparencias luminosas de fantasmas, en los patios de las casas. Pero el fantasma no se limitaba a hacer ladrar a los perros y llorar a los niños, mientras hombres y mujeres corrían despavoridos, sino que robaba gallinas. Ya le habían disparado varios trabucazos, en vano.

Pronto todos los robos, puñaladas y demás hechos de sangre, como las fugas de los otros esclavos, fueron obra de Caniquí. Por el asalto en el camino real, a media legua de la villa, del vecino don José Estanislao Valdespino, estaba preso y convicto un soldado de la cuarta compañía del batallón de Tarragona. La víctima, seguro de que su asaltante era blanco y español, identificó plenamente al malhechor, cogido con sus prendas robadas en las manos. Pues el acusado negó la comisión directa del delito. Dijo que un par de achirado, alto, fornido... y con unos dientes muy grandes, como de perro, lo había obligado a guardar los objetos. Su burda caracterización de Caniquí hizo reír a los que conocían bien al

bandido. Para el juez instructor de su causa, sin embargo, español como él, su fábula prevaleció contra la acusación concreta y firme de la víctima. El señor Valdespino, cubano nativo y con fama de insurgente, quedó hasta para muchos de sus amigos como embustero por pasión política.

Otra noche, cerca de la plazuela de Paula, un comisario de policía identificó al bandolero y sin decir palabra descargó contra él sus armas. Pues por mucho que buscara después, auxiliado por varios valientes vecinos que acudieron a tiempo y dispararon también varios tiros contra la sombra que vieran en fuga, no pudo hallarse ni el rastro del bandido.

Don Pedro Gabriel Sánchez, que al principio negara toda importancia al perseguido, no tardó en experimentar por cuenta propia su audacia. Sobre la mesa de comer, sin que nadie pudiese informarle cómo habían venido a dar allí, encontró tres veces sendas misivas del bandolero, escritas de su puño y letra y firmadas: «Filareto Bicurnia Caniquí», para no dejar dudas.

Una tarde que regresara solo de su finca Santa Isabel, donde se había apresurado a trasladar su familia, y mientras reposaba de las sacudidas del quitrín en su ancho butacón de cuero, en la sala de su casa, don Pedro oyó que su calesero ajustaba precio de forraje con un yerbero ambulante. Convenido el precio, el vendedor entró a depositar su mercancía en las caballerizas de la casa.

Pocos minutos después, don Pedro vio un hombre en frente de él que le apuntaba con un fusil de los llamados «naranjeros».

—Don Pedro: ¿me conoce ahora?

El yerbero no era otro que Caniquí, en persona.

—No, no se mueva, ni grite, que yo no le voy a hacer nada ahora...

El «ahora» sonó con clara significación en los oídos del señor alcalde mayor.

—Pero dígame, don Pedro: ¿por qué me persigue? Ya ve que no soy malo, porque si quisiera, podría matarlo.

A don Pedro no le cabía duda de ello. La sorpresa lo tenía paralizado. Caniquí se expresaba con aplomo, seguro de sí mismo. Él lo había tenido siempre por negro ladino, pero humilde, incapaz de aquella audacia. En un momento creyó hasta en los poderes misteriosos del prófugo. Hablaba como otra persona, con pronunciación casi correcta. Pero su sonrisa era la misma. Sus dientes...

Prometió que no lo perseguiría más y el «naranjero» desapareció en el haz de yerba, que pronto subió del suelo a la cabeza del negro y salió con él por la puerta. Cuando don Pedro venció su descon-

cierto y comenzó a dar gritos, haz y yerbero se habían evaporado. Ni pasantes ni vecinos habían visto nada. Hasta las nueve de la noche se siguió la búsqueda. Don Pedro, mohíno y arrepentido al cabo del escándalo, cansado de repetir la historia a todo el mundo, creyó perder la razón cuando a esa hora le llegó la noticia de que en Casilda, en una tienda de comestibles, el bandido Caniquí había hecho acto de presencia como a las siete y media, llevándose algunos artículos con violencia.